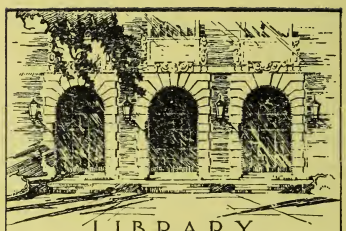
CARLOS ARTURO TORRES

LITERATURA DE IDEAS

DISCURSOS Y CONFERENCIAS

EMP. EL COJO
CARACAS—1911



LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

From the library of
William Spence
Robertson

H. S. Robertson,
Caracas, August 1, 1917

CARLOS ARTURO TORRES

DISCURSOS

EMP. EL COJO
CARACAS - 1911

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/discursos00torr

869.7
T632a

LA POESIA Y LA HISTORIA

Discurso pronunciado en los Juegos Florales de Bogotá, el 18 de Julio de 1910

Señores:

DEBO reputar dichoso el pensamiento que ha tenido el Jockey Club de contribuír á las festividades del Centenario de nuestra Independencia con un certamen del Gay Saber que, á la rememoración de este día—solemne por su magia evocadora de tántas glorias y grave por su virtud sugestiva de tántas meditaciones—viene á poner un toque de luz, una nota alada

de arte y de belleza, bien así como la corona de rosas con que las jóvenes atenienses decorar solían en las mañanas diáfanas de su clima feliz, el mármol austero de los númenes tutelares de la ciudad.

Distinguido el pueblo colombiano entre sus hermanos de Hispano América, desde el primer despertar del alma colectiva y las prístinas iniciativas de su vida pública, por su noble preocupación de las cosas del espíritu, era bien que en tales momentos como éstos no desdeñase las justas de la mentalidad que insinúan el amable recuerdo de Clemencia Isaura y de los garridos provenzales, campeones del canto, y les consagrase una hora, brillante entre todas por la gallardía del concurso á que da realce la presencia del Jefe del Estado, de los altos funcionarios nacionales, de tántas damas, encanto supremo de la sociedad y de la vida, y ennoblecida por la Reina de la fiesta y su grácil cortejo de jóvenes hermosuras: hora de ensueño y de triunfo, propicia al culto dos veces santo de la poesía, que es un ideal, y de la Patria, que es una religión.

El apostolado de la República, que viene á identificarse por modo superior en la mente de quienes han tomado parte en esta festividad con el apostolado del arte, es hoguera encendida en una cumbre muy alta; para ascender hasta la irradiación vivificadora de sus llamas, tomamos esta noche el alígero vuelo de la musa de nuestros jóvenes trovadores; ellos nos inician en el rito de la belleza, que es la esencia de la Poesía y el sentido supremo de la noción de arte, para llegar, en el campo de la Moral y del Derecho, al culto de la Justicia, que es la esencia de la República y el sentido supremo de la noción de Patria. Procuramos así levantar nuestro espíritu á la tradición de las proceras virtudes del pasado, honrando á los fundadores de la República, por medio de la exaltación de los generosos anhelos del futuro, coronando á los jóvenes que han de enaltecerla y glorificarla. De esta suerte, á la justicia retrospectiva que nos manda consagrar la memoria de quienes nos trasmitieron, vinculada en bienes de orden perdurable, la obra

de su iniciativa y de sus esfuerzos, agregamos esa otra justicia, no menos alta y acaso más fecunda, que ordena estimular todo noble esfuerzo y abrir horizonte á todo vuelo generoso. La una es la justicia con el pasado; la otra, la justicia con el porvenir; aquélla aquilata el concepto de nacionalidad, en su más elevada acepción; estotra da á ese concepto toda su potencialidad y toda su eficacia; es la una la resurrección de las glorias muertas; la otra, el llamamiento á las glorias nacientes; la una, hace ilustres á los pueblos; la otra, los hace poderosos. A ese inmutable resultante de la armonía de arte y de la fuerza, que se llama una pirámide, aporta contribución tan valiosa el obrero que asienta en las lóbregas entrañas de la tierra las bases inconmovibles, como quien erige el vértice altivo que arde en luz al beso del amanecer.

Es ya un postulado en las ciencias colaterales que integran y dan á la

historia su sentido más hondo, que la poesía, como facultad simbolizadora puesta al servicio de una idea, es la proyección en el plano superior de la inteligencia y del sentimiento, de los supremos trances de la vida de los pueblos, de las crisis políticas decisivas, de las concepciones filosóficas, de las luchas religiosas; ella acendra, como en ánfora milagrosa, la expresión del alma colectiva, hace la revelación del fondo oscuro de los destinos y de la conciencia milenaria de los pueblos; es la crónica, grabada en mármol más duradero que el de las columnas de Ancyra, del pensamiento humano en sus irradiaciones de armonía y de luz, y es también la escultura perenne de su dolor. Más que por un hombre representativo ó por una institución civil ó religiosa, cada período histórico que se hunde en el pasado, se simboliza en una concepción poética capital, á la manera como los continentes sumergidos señalan el dilatado trazo de sus contornos en cimas que emergen de las aguas y orlan y embellecen el horizonte marino cual islas florecidas y archipiélagos de verdor.

Así, á las edades heroicas corresponden las epopeyas de Hellas, de los Sagas, de los Eddas; á las edades teológicas los vastos poemas alegóricos, cuya cifra es la peregrinación de Dante más allá de la vida; á la edad filosófica, presentida por Lucrecio, la mentalidad de un Goethe, la extrahumana inspiración de un Shelley, la fiera renunciación de un Alfredo de Vigny.

Los espíritus excelsos, como Edgar Quinet, como Teófilo Braga, para quienes las generalizaciones filosóficas tienen un recóndito sentido poético, han concebido, de acuerdo con las más audaces inducciones de la sociología, el poema multisecular de la Historia, una *Leyenda de los Siglos*, una *Visión de los Tiempos*, una *Epopeya de la Humanidad*. Ese poema, cuyo héroe epónimo es un viajero eterno que avanza, nimbada en luz la frente, sangrientos los pies, llena el alma de fe y de negras zozobras el corazón, y á quien, como al sombrío Ahasverus de la leyenda le es imposible detenerse ni morir; ese drama, digo, es en definitiva una suprema afirmación. Como de una selva poderosa, preñada

de sombras y de pavura emana el aliento embalsamado que restaura á los desmayados ánimos la frescura de la juventud, evapórase así, de esta concepción colosal una esencia de idealismo, un efluvio de esperanza y de fe. Afírmase, en efecto, en ese Evangelio de la Humanidad, el creciente dominio de la conciencia sobre los instintos, de las potencias morales sobre las fuerzas ciegas de la materia; establécese la indestructible vinculación del pasado con el presente, y la actual é incesante elaboración del porvenir; troquélase la eterna efigie de la voluntad vencedora de todas las fatalidades; idealízanse las conquistas por ella realizadas, é ilumínase, en una grande síntesis poética, el doloroso y magnífico éxodo de la humanidad, la lenta marcha ascensional del progreso, la tragedia del conflicto de los intereses y de las ideas, la solidaridad de la especie y el triunfo de su actividad inextinguible. Allí toda la ascensión humana que va, al decir del poeta, desde Eva, madre de los hombres, hasta la República, madre de los pueblos.

En el *Ciclo de la Fatalidad* la Naturaleza oprime al hombre, reina la noche del Erebo, incontrastable y universal, y el espíritu pávido y sobrecogido ante el Misterio del mal y del dolor, se extravía en monstruosas teogonías, ó estalla en las imprecaciones del libro de Job. Adviene en el amanecer de la historia la triple revelación auroral por el amor, por la luz y por la palabra, y se canta á los Dioses, envueltos en peplos de azur que velan su radiosa serenidad, á la Tierra, la Demeter griega y la Ceres latina, al Cielo, al Sol, y palpita en los labios del Arya ignoto el himno de la emoción primitiva ante las formas espléndidas de la vida. El *Ciclo de la Lucha*, caracterizado desde luego por el conflicto diez veces secular entre el mundo occidental y el oriental, entre la mentalidad greco–romana, y teogonías y supersticiones asiáticas, afirma con la Ilíada y la Odisea, mejor que los hubieran hecho las alianzas antifictiónicas, la unidad social del pueblo griego y crea, con el inquietante mito de Prometeo, el símbolo trágico de la

rebeldía irreductible de la razón. Un solo hemistiquio de Virgilio, *Pacis imponere morem*, sintetiza, al decir de un sociólogo contemporáneo, la actuación definitiva de Roma, porque la Eneida corresponde á la incorporación jurídica de los pueblos de occidente, y al principio de la decadencia del patriciado guerrero. Avanzan los tiempos y no hay códice, ni institución, ni tradición que revelen mejor que las leyendas del Ciclo de Arthus, que las epopeyas célticas, que las gestas de los Carlovingios, que el Romancero, que las canciones de los caballeros del Santo Graal, que los Nibelungos, ese período de los siglos medioevales, parcial eclipse de la civilización, profunda y soporosa noche entre el crepúsculo sangriento de la decadencia romana y la esplendorosa aurora del Renacimiento. Entonces, por ejemplo, cuando llegó la hora de la substitución de la hegemonía imperial por el temporal predominio de la Iglesia, en la ingente concepción dantesca, como en el cóncavo de una montaña poblada de ecos, resuena el fenómeno de la unidad de

las conciencias por las disciplinas católicas y el conflicto de la autonomía civil de las nuevas nacionalidades que repelían el dominio temporal de los Papas. En los poemas de caballería y en posteriores y más perfectas epopeyas como las del Tasso y Camoens, la poesía canta en broncíneos metros la formidable impulsión que aunando la fe ingenua al espíritu aventurero, «lanza los cruzados al oriente y los conquistadores al occidente,» y hace llegar á la humanidad á la arista superior de la historia, donde comienzan á brillar desconocidas constelaciones que anuncian los valles de promisión de la edad moderna.

Con el fin del régimen feudal y el prodromo de las más grandes crisis de la civilización de occidente, va pasándose del *Ciclo de Lucha* al *Ciclo de la Libertad*. Entonces el espíritu poético, que con la portentosa intuición de Shakespeare esculpe, en las figuras de Hamlet y Falstaff, de Ariel y de Calibán, de Goneril y de Cordelia los polos contrapuestos del alma humana, erígese en el testigo, intérprete, y exponente del carácter de

los pueblos modernos y de la orientación de su cultura y de sus ideas. La fugitiva grandeza imperial de España, su espíritu caballeresco y la ardentía de su fe religiosa que conquistó un mundo, crean las comedias de Lope y de Moreto, los tipos imperecederos de Don Juan Tenorio y de Don Quijote de la Mancha, los intensos dramas de Calderón, ese Shakespeare de la raza latina. La Francia del Rey Sol y la apoteosis de la monarquía absoluta, proyéctanse en lo que tienen de noble, en Racine; en lo que tienen de humano, en Molière; en lo que tienen de sobrehumano, en Corneille. El Satán de Milton y el Caín de Byron constituyen el símbolo poético de las dos convulsiones políticas más formidables de los tiempos modernos: la revolución inglesa, que decapitó un monarca, y la revolución francesa que decapitó la monarquía.

Predestinado á personificar la conciencia agitada de su siglo, á embocar el áureo clarín de las pasiones y de las transformaciones del espíritu heredero de la Revolución, tocados

con el ascua bíblica los proféticos labios, Víctor Hugo, en su multiforme producción, es el panorama prestigioso de las aspiraciones modernas, y corresponde en sus diversas maneras á la turbulenta vida pública de Francia en el pasado siglo. Oscilante entre todas las formas del despotismo y todos los ensayos de la libertad, la gran Nación latina recorrió en el decurso de una centuria las fórmulas más antagónicas de organización y los más contrapuestos ideales de política; cesarismo militar y democrático, monarquía tradicionalista, monarquía liberal, millenium social, imperio, república; así el poeta pasa de los cantos realistas á la imprecación de los *Castigos*, y al ensueño igualitario de *Los Miserables*. El genio de Víctor Hugo es el propio genio de la Francia, proteico, colosal, cuyos cambios son á veces una verdadera transfiguración, y en el cual, como en aquella página admirable del *Noventa y tres*, sobre la gracia y la ligereza representadas en los niños que juegan ante un incendio, pasa un trágico sacudimiento de sombras y de fulgu-

raciones que anuncia la agonía de un mundo y el advenimiento de otro mejor.

En los momentos presentes pudiera señalarse una correlación no menos íntima entre el pensamiento poético y la actividad política de las naciones. ¿Quién no ve, por ejemplo, en los cantos de Rudyard Kipling ó de Henry Newboldt, mejor que en las empresas de Rhodes y de Milner ó que en los discursos de Chamberlain, una revelación de ese estado de alma del pueblo británico que determina el imperialismo coercitivo y avasallador? Las desconcertantes paradojas de Bernard Shaw, en el teatro, ¿no corresponden, por ventura, con las audacias revolucionarias y aun francamente socialistas de Lloyd George, en la administración? ¿No es acaso ese extraño viejo, Walt Whitman, cuyas estrofas parecen versículos de una biblia ruda y augural, el auténtico Evangelista de la democracia americana? La tendencia del espíritu á traspasar sus propios límites y las tentativas anarquistas á destruír el orden actual de la sociedad alientan en el Elías

Sang de Björnson; Ibsen, en su Stockmann plantea la activa reivindicación del individualismo, la afirmación irreductible del yo, en su majestad nativa contra la tiranía de las multitudes y el extravío de las mayorías, y en Rosmersholm condensa, como la niebla sobre un lago de Noruega, la melancolía del anhelo perpetuamente defraudado que aspira á fundar, extirpando la doble raigambre del prejuicio reaccionario y del revolucionario, la ciudad del Derecho y de la Liberación definitiva, cuyas cúpulas lejanas dora un sol que para nosotros aún no ha aparecido sobre el horizonte. Desde Lucrecio hasta Nietzsche, desde Esquilo hasta Ibsen, no ha habido—idea—fuerza ni crisis espiritual ó histórica que, así como el trémulo espejo de los mares refleja los astros y se estremece á sus efluvios desconocidos, no hayan reflejado, con milagrosa virtud de sinceridad, las almas de los poetas, plenas como el mar, de fecundidad, de misterio y de inquietud.

La circunstancia de estarse celebrando en la presente velada por me-

dio de torneo poético y Juegos Florales un grande acontecimiento histórico que fue al propio tiempo nuestra más trascendental transformación política, me halaga con la ilusión de que no ha sido del todo inoportuno el intento por mí acometido, para corresponder en la medida de mis fuerzas á la honrosa designación del Jockey Club, de esbozar los vagos lineamientos del cuadro—hasta hoy no trazado, que yo sepa—de la acción de presencia de la poesía en el génesis de las crisis sociales, de su influencia en el proceso de las civilizaciones y de su sentido militante en la elaboración general de la historia. Cuadro del cual sólo he aspirado á dar la imperfecta figuración, siquiera sea con la mano torpe y mal regida con que el niño tendido en una playa del Magdalena se entretiene en dibujar, en las arenas del gran río, la silueta lejana con que recortan audazmente el cielo azul, las excelsas cumbres, siempre blancas, de la cordillera central.

Pasemos á nuestra patria.

No se ha escrito aún entre nosotros

la página de filosofía histórica que estudie la actuación de la intelectualidad granadina en la guerra de la independencia y revele las causas profundas de la ausencia de la gran poesía en el movimiento de espíritus que preparó y realizó tan gloriosos empeños. Es evidente, en efecto, que si las fecundas iniciativas políticas de 1810 tuvieron en Nariño la suprema intuición revolucionaria, en Camilo Torres el superior sentido jurídico, en Caldas y en Camacho el espíritu científico, el genio político en Santander y Castillo Rada, el concepto crítico de la historia en Restrepo, el arrebato tribunicio en Acevedo Gómez, la magia del verbo en Zea, y la unción de la sagrada cátedra en Rosillo y Caycedo Flórez; preciso es confesar, en cambio, que la dulce Musa de Fernández Madrid y el estro entusiástico de Salazar, no obstante muy apreciables cualidades, no encumbran esa llamarada inmortal que revela al genio y vivifica sus creaciones con un hálito de su propia eternidad. Vargas Tejada,—y quisiera que este nombre hiriese, en el corazón de las pre-

sentes generaciones, una fibra de generosidad intelectual—dignifica y redime con el carácter de su genio y el sentido de su obra, lo escaso de nuestra producción literaria en el período de guerra emancipadora y de formación de la nacionalidad. Fue este portentoso joven el genuino representativo de su época: su obra recoge, como haz de luz, el tumulto de ideas de aquellos tiempos; resuena allí la tormenta de la revolución, es la revolución misma, con sus grandezas y sus errores, iluminada al propio tiempo por ideales antiguos y por la férvida elación de un nuevo espíritu, y sobre la cual, por desgracia, lanzan también siniestros reflejos los puñales de Septiembre. Fue un Andrés Chenier con los principios y el corazón de Marco Bruto; hubiese vivido unos años más, y su obra depurada por el cincel rectificador de la experiencia, que imprime en toda creación sincera del genio humano un sello de augusta serenidad, alcanzaría, sin duda, á equipararse con la del caraqueño Bello y con la de Olmedo, hijo del Guayas, y formaría con ellas

la magnífica trilogía colombiana, modelando, el granadino, por la orientación de sus ideas y su espíritu militante la norma intelectual definitiva de su generación. Personificación dolorosa y singularmente exacta de su patria, aquel ingenio malogrado antes de la perfecta floración, rico de encumbrados pensamientos y de esforzados ánimos, pero perseguido por la tenacidad de un hado adverso, sucumbió en el exilio y la desesperanza, solo, ahogado en el torrente del desierto. Su obra y su nombre, injustamente desconocidos y olvidados, no han recibido las póstumas consagraciones de la fama, como si la posteridad, cómplice de las pasiones políticas contemporáneas, hubiese decretado una segunda proscripción para aquella víctima—como muchos en su patria y como su patria misma—del histerismo revolucionario, de un generoso pero funesto concepto político, del propio extravío y de la implacable persecución!

Las intensas corrientes políticas y los conflictos de partidos que han col-

mado en un siglo los patrios anales con el rumor de sus ideas y el fracaso de sus combates, y dado á nuestra vida pública los atormentados rasgos de su carácter, culminan, como la ola del naufragio en irisadas espumas, en nombres que tienen por sí solos la resonancia de himnos guerreros y el prestigio de banderas desplegadas: Arboleda, los dos Caros, Ortiz, Rojas, Núñez, los Pérez, Arrieta... ahí está la más intensa psicología de nuestros partidos, su expresión extrema, la más característica y relevante acentuación de dogmas políticos que hayan partido el sol en nuestra turbulenta democracia; cada uno de esos poetas, más que un portalira, ha sido un portaestandarte de los principios contrapuestos é irreductibles que sucesivamente han hechizado el alma nacional; en ellos han encarnado esos principios con sus arranques nobles y sus aciagas faltas, con la cumbre de sus triunfos y el vórtice de sus caídas. El alma de Colombia vive en su alma; ellos la cantaron grande y la amaron desgraciada y no hubo gloria, ni aspiración ni dolor de la Madre que no vibrara

en sus arpas conmovidas y como para formar la eterna voz del océano lleva cada ola su rumor, todos nuestros poetas han llevado y llevarán su acento para formar el himno eterno de la Patria.

Al principiar el segundo siglo de nuestra vida de Estado independiente, aparece en los espíritus un intenso aunque todavía no bien definido movimiento de revaluaciones intelectuales que ha de influír por contragolpe en los conceptos políticos y en la mentalidad de los hombres á quienes tocará en suerte hacer nuestra historia futura. En incesante trabajo de demoliciones, de rectificaciones y de rehabilitaciones, se desarrolla penosamente la trayectoria humana: con el siglo que hoy nace para nosotros repítese el milagro del perpetuo renovamiento de la vida, en que cada aurora es una resurrección; en el gastado manto del mundo, como en el peplo de un Dios, borda cada siglo que nace las flores de una nueva juventud, *senectus mundi*, *juventus seculi!* La inteligencia humana, en constante *devenir*, se baña en ondas siempre frescas y de ellas

surge, como la mitológica Hera, rejuvenecida y virgen cada vez, pero no como Hera celosa del pasado ni destructora de sus creaciones. La viviente marea de aspiraciones y de ideas que han de modelar la segunda edad de nuestra historia apenas principia á ascender, y no sabemos á qué playa de la isla encantada del porvenir llevará el mensaje de sus rumores en el orgullo triunfal de la pleamar.

Las hermosas iniciativas de la juventud, á las cuales debemos ya una transformación política, pueden así mismo determinar una transfiguración intelectual y dar un rumbo nuevo y feliz al pensamiento colectivo en nuestra Patria; rumbo más amplio, más generoso, más moderno, en más íntimo contacto con las corrientes universales. Buena prueba de ello es el Congreso de Estudiantes de las tres Repúblicas Colombianas, en cuyos distinguidos miembros me es grato saludar á los heraldos de la intelectualidad de pueblos enlazados en el pasado por una comunidad de glorias y en el porvenir por una vinculación de ideales. Esa juventud, que hará nues-

tra historia por la acción, la exaltará también por el pensamiento; ella es la esperanza del tiempo y la primavera de la Patria; y la edad que adviene abre á su esfuerzo una éra de potencialidad incalculable, porque en las múltiples actividades que despierta, en el seno del movimiento todavía impreciso que inicia, vibra y canta, con la repercusión argentina de una campana matinal en las montañas, el himno de la Patria futura, bella, próspera y fraternal.

Exhibíase, he dicho en un libro reciente, en la exposición artística de 1905 en París, un bajo relieve admirable como ejecución y concepción: tres mujeres hermosas, pero de belleza diferente, van en una barca que boga por un mar ilimitado. La que ocupa el centro del esquife rema con vigor, y en sus facciones grabada está la energía del esfuerzo actual, la labor inmediata y apremiante, la obra del día, el afán de la hora; la que va en la popa, lánguida y penserosa, hunde la mirada plena de las melancolías y las soñaciones del recuerdo en la playa que se va alejan-

do; en todo lo que la ausencia irremediable arrebata para siempre, en todo lo que se ama y se deja para no volverlo á ver jamás; la que va en la proa, radiante de fe y de juventud, leda y férvida explora las azules lejanías de donde ha de surgir la isla encantada que forja el ensueño y promete la esperanza. Al pie hay grabadas estas palabras: *pasado*, *presente*, *porvenir*. Esas tres tripulantes de la barca misteriosa, son en el caso presente las generaciones que fundaron la Patria, las que hoy luchan por salvarla, las que la salvarán, erigiendo con las energías del presente y sobre las formaciones del pasado, los sistemas del porvenir.

En los días alcyónicos de la Grecia enviaban las ciudades enemigas theorías de cantores y de vates á las fiestas pan-helénicas; allí la poesía y la música operaban, como en el mito orfeico, el portento de la dulcificación de las iras y de la conciliación de los corazones; eran las justas de la paz, que en el recinto augusto del Pritáneo exaltaban el culto de la patria común por el culto del arte nacional.

Es la presente una festividad igual: los jóvenes portaliras á quienes hemos coronado esta noche, acendran en su alma y recogen en sus cantos las esperanzas y las aspiraciones de la Patria: su estro ha de determinar, por lo más alto de las corrientes intelectuales modernas, la nueva modelación del alma colombiana; modelación en que aparecen como canon supremo que se afirma incansablemente en la idea y se sabrá defender heroicamente en la acción, el derecho y la dignidad que son la soberanía del individuo y la integridad y la independencia que son la dignidad de la República.

El mensaje de las nuevas generaciones reivindicará también para nosotros el prestigio literario que nos discernía otrora el veredicto hispano-americano; lo reivindicará por medio de disciplinas intelectuales que condensen esencia de verdadera sabiduría en la mente y aroma de serenidad y de tolerancia en el corazón. No de otra suerte podrá conquistarse nuestra segunda independencia, la de los odios y prejuicios seculares que han entorpecido nuestra marcha y en-

negrecido nuestro horizonte hasta llegar, en horas de sombrío abatimiento, á hacernos dudar del bién mismo de la independencia política y de nuestra capacidad cívica para merecerlo. Para cumplir tan alto propósito cuentan los jóvenes triunfadores en las lides del pensamiento con la fuerza del espíritu en el incontrastable dinamismo de las ideas: esa fuerza es la eficiencia inmortal de la mente humana, de la cual brotan los hechos y la acción, como brota la vida del germen; ella preserva al progreso material de su degeneración en una suerte de grosero materialismo, de arrivismo vulgar, de febricitante actividad de apetitos sin delicadeza y sin ideal; ella es en definitiva la que salva á los pueblos, y esculpe las civilizaciones perdurables porque, como lo dijo Pascal en frase profunda, «todos los astros del firmamento y todos los imperios de la tierra no valen lo que el menor de los espíritus».

He dicho.

LA LITERATURA DE IDEAS

Discurso de Recepción en la Academia Colombiana, el 10 de Julio de 1910

La grande merced, señores, que habéis otorgado á mi obscuro nombre al abrirme el recinto de esta docta corporación, ha sido realzada por vuestra benevolencia cuando os servisteis designarme—ya que no para reemplazar, porque él es irreemplazable—para ocupar entre vosotros el sillón de mi ilustre y venerado maestro el esclarecido colombiano D. Santiago Pérez. Tan sincera es mi gratitud y por tal manera apreciado el honor que me discernís, que me

he apresurado á pediros mi recepción, temeroso de que una próxima ausencia de la patria pudiera ser parte—de acuerdo con una disposición de la Real Academia Española—á privarme del alto honor de ser vuestro colega en la Academia Colombiana de la lengua. Atribuid á esa excepcional circunstancia la precipitación y el desaliño de mi discurso, y considerad cuánto debe ser codiciable y precioso para todos y muy más para un escritor de menguadas ó ningunas ejecutorias como el que os habla, para que se exponga á perderlo, el honor de pertenecer á la más alta corporación literaria de la República, ilustrada desde su fundación por cuanto más excelso hemos tenido en letras y empresas del espíritu.

La rica personalidad intelectual de D. Santiago Pérez sugiere múltiple evocación de eminentes dotes, poderosas todas y cada una de ellas á ilustrar un nombre y hacer perdurable una memoria. La alta posición del hombre de Estado, ex-Presidente de la República, la brillante carrera del político, la militante actividad del

periodista, la incomparable labor del maestro, la multiforme actuación del magistrado, arrojaron, en cierto modo, la reputación del literato á una discreta penumbra. No hay justicia en esa relegación á la sombra de lo que en él fue cualidad eminentísima y preclara. El atildado escritor, el perfecto estilista, el primoroso artífice de la palabra escrita, el poeta de límpida inspiración, el orador académico, merece y alcanza puésto de elección entre lo más alto con que pueden ufanarse las patrias letras. Si se estudian su vida y los caracteres de su mentalidad, luego se advierte que él fue ante todo y sobre todo un hombre de letras que tenía, á lo Flaubert, la noble preocupación de la forma suprema como digna vestidura del pensamiento eterno. Su estilo de prosador es de una belleza y de una corrección insuperables; páginas suyas hay que serán siempre modelos de buena prosa castellana y de no eclipsada elocuencia. ¿Cuándo más altos pensamientos tomaron concreción en frases más elegantes como en las cláusulas dignas de ser esculpidas en el

mármol pentélico del *Discurso en el Ateneo de Bogotá*, del *Discurso ante el cadáver de Murillo* ó del *Discurso en la distribución de premios universitarios?* Quien ha trazado esas páginas ¿no está inscrito por derecho propio en el libro de oro de los grandes maestros? El veredicto sosegado de lo que ya es para el señor Pérez la posteridad, confirma el aplauso contemporáneo y clasifica definitivamente esas piezas entre las obras maestras de la literatura y de la elocuencia nacionales.

Nada diré de su labor científica y docente, trasmitida á sus numerosos discípulos en epítomes y programas de pasmosa intensidad y de una corrección, claridad y método tales, que sólo podrían compararse, ganando en la equiparación los de nuestro compatriota, con los famosos MEMENTOS de La Balleur y de Vaquette, que permiten al estudiante releer la más vasta de las materias en el decurso de unas horas. Así sus PROGRAMAS DE DERECHO INTERNACIONAL, DE DERECHO PÚBLICO, DE ECONOMÍA POLÍTICA, etc., son maravillas de síntesis, de exposición y de doctrina.

Entre las eminencias intelectuales de la América hispana, Santiago Pérez fue una cumbre: su producción, que la irreductible voluntad y la estoica renunciación del autor condenaron, en gran parte, al desconocimiento de lo inédito, fue tan extensa como variada y profunda; en toda materia á la cual tocara este MÁGICO PRODIGIOSO de la palabra, dejaba impreso el sello de su peregrino ingenio. Acostúmbrase negar á los periodistas toda calidad literaria, pero es lo cierto que artículos suyos hay de la prensa diaria que podrían, como los de Adisson, coleccionarse en antologías, á título de «lecturas escogidas,» sin que á la afanosa é improvisada redacción de la jornalera labor, hubiese necesidad de castigar un *lapsus* de dicción ó retocar la elegancia de un período. Esa una de las características de los escritores de la gran raza.

En la obra del señor Pérez conviven armoniosamente la profundidad y el esmero, la verdad y el arte; hay en ella lo que hace á las obras bellas y lo que las hace fecundas: lo poético y lo trascendental; encanta y enseña, con-

mueve y aconseja, y bajo la forma primorosa vive y alienta el pensamiento fecundo. Consagrado desde muy joven á serios empeños de la inteligencia y á la enseñanza, que fue para él un apostolado, siempre hubo en sus atareadas horas un vagar para las letras y un culto para la belleza, que es una de las formas de la verdad.

Su pluma brilló militante y soberana, como su palabra, al servicio de ideales supremos, y su vida entera fue un asiduo é intenso culto de ellos. Como poseía, según su propia expresión, «el doble dón de la palabra escrita y de la palabra hablada,» lo hizo fértil durante una austera existencia, con irrecusable virtud de sinceridad en las porfías de la República y del derecho, de la verdad del bién, del arte y de la libertad.

Nuestro incipiente teatro le debe dos creaciones que exhiben en grado eminente así las excelencias como los defectos de la suntuosa y lírica escuela predominante en el tiempo en que fueron escritas; y en donde se advierten, junto á impericias de factura

y á la hinchazón y á las exageraciones románticas, rasgos de gran fuerza, de auténtica inspiración y de aliento juvenil: *Jacobo Molay* y el *Castillo de Berkeley*.

Pero si la influencia de Dumas, el del *Enrique II* y *Catarina Howard* logró extraviar un punto el innato gusto y sanas tendencias literarias del señor Pérez en la época de juventud y de formación de su mentalidad, en cambio nuestra poesía le debe notas tan sentidas y hermosas como *A Virginia*, que al decir del señor Cuervo «siempre se lee con placer»: hay en ella toda la frescura de una aurora y la elación de los más puros sentimientos que han hecho vibrar el diapasón del alma humana. En la colección de poesías que publicó en su juventud se advierten, al lado de ensayos que se resienten de la temprana edad del autor, acentos vibrantes de entusiasmo y de inspiración, dignos de su ingenio y de la elevación de su estro. Lástima grande que el andar de los tiempos hubiese enfriado su entusiasmo por el cultivo de la poesía y le hubiese hecho desdeñar

el dar la última mano á su *Juvenilia* y unir á ella en una publicación completa, el fruto de la serena y robusta inspiración de sus años posteriores.

Las novelitas que dejó escritas y que principió á coleccionar en Nueva York, como la delicada «Ana María» y dos artículos de crítica literaria—recuerdo uno sobre el «Plagio» y otro sobre Campoamor—muestran bien que en ese campo el señor Pérez daba, como en todos aquellos que le plugo abordar, las notas más salientes en nuestro país.

Las turbulencias de la vida política fueron desviando poco á poco al señor Pérez del amable comercio de las musas y de la literatura, hasta alejarlo del todo de un campo en donde su ingenio hubiera podido espaciarse aún, con grande fruto de creaciones superiores; pero su espíritu, semejante al de Renouvier, alto y melancólico, mantúvose hasta el instante postrimero fiel á la religión de la inteligencia, en la forma de adquisición, ya que no en la de producción; sacerdote de esa deidad suprema, de que fue entre nosotros personificación

arquetípica, y así es bien que lo encuentre, como en posición definitiva, el futuro historiador de las patrias letras.

La índole de las labores literarias del señor Pérez, y lo que me atrevería á llamar la naturaleza y carácter de su formación intelectual, me llevan naturalmente á haceros algunas consideraciones que he de complementar en trabajo de mayor reposo y entidad, sobre la «literatura de ideas,» como género y escuela, no recomendable como exclusivo pero sí plausible como grandiosa ampliación del horizonte en donde se espacia el vuelo de las concepciones literarias. La *Literatura de ideas* no es, desde luego, y para fijar de una vez mi pensamiento,—que difiere algo del de Paul Adam y Camile Mauclair—la literatura de tesis ni mucho menos la docente; es la literatura de finalidad, el arte puesto al servicio de las eternas aspiraciones humanas, ennoblecido por las grandes ideas, que son las que hacen, al decir de Guyau, la gran poesía y la gran literatura. Confundirla con la didáctica es la total incomprensión de ambas: sepáralas toda la distancia

que media entre Lucrecio y el Abate Delille.

Distínguese nuestra época, lo he dicho ya, por la innegable penetración que la política, la moral, la sociología, la ciencia en fin, operan en el campo de la literatura. ¿Es esto un bién, es esto un mal? No entro á examinarlo ahora: el hecho existe y cumple á mi propósito declararlo así. Del propio modo como la época de Richardson llamarse suele la de la literatura sentimental, día vendrá en que la nuestra sea llamada, «la época de la literatura de ideas,» y debo de paso observar que nunca como hoy son tan necesarias, en mi sentir, las disciplinas académicas para encauzar y dar castiza expresión—única que se impone á los tiempos con el prestigio de la belleza inmutable—á lo que sin eso sería turbio, desbordado y asolador torrente.

Un tiempo fue cuando los grandes nombres literarios de Francia, Chateaubriand, Benjamín Constant, Guizot, Royer Collard, Lamartine, Hugo, eran también grandes nombres de luchadores, de caudillos y de apóstoles: el

poeta dejaba entonces su torre de marfil para convertirse en el evangelista de la justicia social. Cambiaron luego las circunstancias y después de luengos años de divorcio al parecer irreductible entre la literatura y las actuaciones sociales y políticas, no son ya, como en los días alcyónicos de las ideas democráticas, la política y la filosofía social las que toman á la literatura sus ideales y sus hombres, sino por el contrario, es la literatura la que invade el campo de aquellas y á su contacto se hace más humana, más grande y más fecunda. La actividad de los hombres de letras en las grandes crisis sociales trae correlativamente la proyección de esas luchas y de esos anhelos, de esas doctrinas y de esas ideas, en la obra de arte y de imaginación.

En alguna parte he intentado trazar el vasto cuadro de la actitud militante de la poesía y de su acción de presencia en la elaboración general de la historia; pudiera trazarse cuadro no menos interesante para mostrar la influencia de la historia, de la política y de la sociología en las

bellas letras, hasta producir lo que he llamado «literatura de ideas». Si la actuación de los literatos en la política trajo en el pasado siglo las dos reivindicaciones capitales de la democracia francesa, la libertad parlamentaria entre 1815 y 1830, y luego la solidaridad social entre 1830 y 1850, iniciadas y sostenidas las unas por Constant, Royer Collard, Chateaubriand, las otras por Lamartine, Lammenais, Hugo, Quinet, la influencia de las ciencias y problemas sociales en la literatura inspira las obras capitales de Ibsen y de Björnson, las visiones milenarias de Braga, el maravilloso y formidable lirismo del poema de Zarathoustra, las imprecaciones de Ada Negri, los *Versos de un Filósofo* de Guyau. Como la atmósfera recibe y acendra la evaporación de las aguas oceánicas y luego las devuelve al mar frescas y dulces, así el arte embellece las ideas que recibe del hirviente mar de las luchas humanas y las vierte desde lo alto, como elíxir milagroso, á la vasta circulación de la vida.

Hase observado ya que la filosofía

de la historia literaria establece leyes de orden estático y leyes de orden dinámico; esto es, leyes de conservación y constancia y leyes de evolución y progreso. Los elementos estáticos son especiales de cada pueblo, en tanto que los dinámicos lo son de cada escritor: de ahí las literaturas de tradición y las literaturas de revolución. Sobre el fondo relativamente fijo de la raza, de la lengua y de la tradición, cada escritor con la plasmante virtud de su originalidad personal puede esculpir su mármol y modelar su bronce. Las ideas predominantes —resultado casi siempre de lo que me atrevería á llamar el estado de alma de cada generación—son una sutil vinculación entre los escritores, pero no un férreo patrón que ha modelado como un troquel uniforme, su estilo y su pensamiento. La literatura de ideas sin restringir ni trazar lindes á la originalidad de los escritores, establece en definitiva y fija para la historia, las corrientes generales del pensamiento en cada época. Ya puede verse el valor inmenso que ha de tener como dato de la sociología.

Y aquí entra y se impone, naturalmente, una grave cuestión: la de la legitimidad del neologismo, y la de los límites de esa legitimidad, pues así como cada época tiene sus propias ideas, tiene y debe tener su propio lenguaje, so pena de que la insuficiencia del instrumento atrofie la facultad ó que ésta se disloque ó extravíe en viciosas y bárbaras expresiones. Es la evolución del lenguaje, una verdad científica establecida y ya por nadie discutida. La hermosa lengua que hoy resuena en todos los ámbitos del orbe que adora y cree en Cervantes, dista tánto de la de los idilios del delicioso Archipreste de Hita y de los regocijados escritores y poetas anteriores al siglo catorce, cuando seguramente distará de la nuestra la que han de hablar y escribir los hispanoamericanos del ignoto siglo veintiseis; acaso la diferencia ha de ser mucho mayor, pues la evolución de las lenguas sigue una marcha uniformemente acelerada.

El consmopolitismo de nuestros días, su actividad intelectual y filosófica y la pasmosa de los descubrimientos in-

dustriales y científicos, algunos de ellos de tan desconcertante y maravillosa verdad que parecen derogar leyes científicas que ayer no más por definitivas se tenían, la convivencia de personas de nativas lenguas diferentes en un hogar común, como sucede en los países del Plata, todo ello establece tales innovaciones en el pensar, que por fuerza han de implicar novedades no siempre recomendables en el escribir. Ejemplo de innovaciones, restauraciones y á mi ver plausibles modernismos del lenguaje—diferentes por cierto, de los absurdos engendros con que cierta escuela pretende sorprender por la extravagancia á falta de real genio y de originalidad—nos dan los novelistas españoles de la hora presente, un Valle Inclán, un Ricardo León, para no citar otros que, dicho sea de paso, reivindicando están para su patria con la hermosura y castiza originalidad de sus creaciones, la gloria y esplendor de la edad de oro. Un famoso novelista italiano de nuestros días acaba de escribir un libro con el ostensible objeto de introducir en el lenguaje literario

las palabras que ha creado el nuevo deporte é industria de la navegación aérea en aparatos más pesados que el aire: y ya estáis viendo cómo he tenido que valerme de largo circunloquio por no estar aún autorizada la palabra «aviación», la cual no aparece en la decimatercia edición del Diccionario de la Real Academia y en otros sólo está en la acepción de facilidad ó instinto de algunas aves para descubrir su camino, y no en la de facultad ó poder de volar como ellas, que es la que los nuevos inventos del vuelo humano imponen. La palabra «radioactividad», por ejemplo, corresponde á una idea enteramente desconocida algunos años ha y ya empieza á pasar del lenguaje meramente científico al literario por expresar de modo insuperable é insustituible una virtud de eficiencia al propio tiempo enérgica y sutil, misteriosa en sus orígenes, inconmensurable en sus resultados, constante é indeficiente, la cual puede existir así en el mundo moral como en el físico, así en la esfera de las ideas como en el reino de la materia. La sutil psicología de

las presentes generaciones introduce palabras que son como su honda revelación y su síntesis. Cuando á las ideas concretas y definitivas, cuando á las formas irrevocables se sustituyen las penumbras de sentimientos y de ideas, las vagas medias tintas, lo indefinido de los anhelos, íntima característica de una generación saturada de alta cultura, pero presa de más acerbas inquietudes y de más dolorosas vacilaciones, de más intenso escepticismo que las anteriores, surgen palabras como «impreciso, evanescencia», que habrían sido inconcebibles en épocas en que predominaban el concepto de lo absoluto, las convicciones netas y formuladas como en un código, la inflexible precisión del criterio, la conciencia modelada en un patrón inmutable.

Pudiera fatigaros muchas horas con la multiplicidad de ejemplos para ilustrar esta tesis.

El neologismo es pues muchas veces corrupción, pero puede ser también enriquecimiento legítimo é incontenible progreso. La transformación de las lenguas suele verificarse en

proceso de siglos, pero en períodos de excepcional actividad se impone coercitiva é inaplazable so pena de ocurrir á barbarismos ó pedir á extrañas lenguas lo que la pobreza de la propia no puede darnos. El espíritu académico no puede impedirlo ni lo pretende, pero puede y debe aspirar á regularizarlo discreta y prudencialmente; ese espíritu limpia, fija y da esplendor al acervo glorioso, mas cuando la hora llega y el caso se impone, presta también su alta sanción á las legítimas y nuevas adquisiciones: su mensaje no es de inmovilidad y anquilosis sino de conservación y de perfeccionamiento de la lengua, y lengua pobre ó retrasada no puede ser instrumento perfecto ni eficaz vehículo del pensar humano. De otra suerte la actitud académica sería la de una estatua, hermosa y digna de todas las veneraciones, pero inmóvil orillas del río del Tiempo.

Cuando la noble literatura busca sus inspiraciones en la realidad viviente é interpreta, con la sinceridad irrevocable del arte, algunas de las ideas trascendentales que agitan en un mo-

mento dado la mente de los hombres, cumple una misión dos veces plausible: consigna y fija, por una parte, las necesidades y aspiraciones de una generación; aquilata, depura y ennoblece, por otra, esas mismas aspiraciones con el prestigio de la palabra escrita y de la forma consagrada. Las cultas sociedades modernas, por ejemplo, poseen, como su característica intelectual más relevante, un espíritu crítico que no puede tolerar la mentira ni el convencionalismo, y una delicadeza exquisita que no soporta bien la percusión de afirmaciones demasiado categóricas y demasiado violentas: de ahí un florecimiento de obras serenas y que marcan y definen, en los dominios del arte literario, lo que ya empieza á llamarse renacimiento del idealismo, el cual se apoya sobre una aspiración intensa y durable de nuestra naturaleza. Las creaciones literarias que interpretan esta modalidad del intelecto contemporáneo son documentos de inestimable valor y á fuero de sinceras y humanas, alcanzan, á mi ver, una perfección de forma y una elevación

de concepto que han de graduarlas de clásicas cuando reciban las sanciones purificadoras del tiempo. Aquel será un escultor de almas y apóstol de ideales, que llevó la contribución de su esfuerzo mental á fines de verdad y de bién; quien alcanzó á recoger en la concepción de su mente una chispa siquiera del espíritu de su tiempo, ese la ha vivificado con un soplo de eternidad. Ejemplos ilustres de esta literatura de ideas pudieran citarse en los momentos presentes, para no hablar sino de los más ilustres, además de Guyau, el dulce Maestro nimbado por la aureola del genio y de la muerte del amado de los dioses, el belga Maeterlinck, Ibsen, Nietzsche, Teófilo Braga. Entre los hispanoamericanos, Varona, González Prada, Rodó, García Calderón: entre vosotros alguno—el señor Marroquín—ha merecido, para una novela suya, estas palabras de un ilustre académico español, las cuales me complazco en recoger aquí: «la América toda debe estar obligada al autor de una obra de tanta finalidad.»

En la gran poesía lírica española del

pasado siglo aparecen dos esclarecidos representantes de la literatura militante y de la poesía trascendental, social y política: Quintana y Núñez de Arce, intérpretes y vates uno y otro de los procelosos tiempos en que les cupo en suerte el doble dón de la vida y del canto. Tiene Quintana el estro poderoso y rotundo de una edad de afirmaciones y de luchas, el generoso, juvenil entusiasmo de su siglo y de las glorias de la guerra de independencia. La lectura de sus fastuosas y resonantes odas puede darnos una idea del espíritu de un pueblo afrontado al más tremendo y glorioso de los empeños guerreros, pleno de fe en la patria y de amor á ella, que es la forma excelsa de la fe. Núñez de Arce, vástago de una edad de rectificaciones y desengaños, revela en sus cantos la honda perturbación de los espíritus de su época, tocados de vacilación y enfermos de escepticismo.

El historiador futuro de la península no encontrará para sus resurrecciones del siglo XIX, documentos más reveladores, elocuentes y auténticos que la obra de estos dos ingenios que

UNIVERSITY OF ILLINOIS
LIBRARY

abren y cierran la centuria con su vida y con la resonancia de sus egregias liras. Si hoy apareciese en cuantos son los ámbitos del habla castellana, un gran poeta, su lenguaje no sería ya la trompeta de bronce, resonante y triunfal pero sin escala cromática; oratoria, vehemente, conceptuosa y elocuentísima de aquellos dos varones consulares de la poesía. El gusto del día, que puede ser fugitivo como una moda intelectual, pero que es, si espontáneo, auténtica revelación de toda una psicología, tiende á la exquisitez y al refinamiento, á la delicadeza sutil, á la disociación progresiva, á las penumbras de sentimientos indefinidos y como de transición entre los conceptos concretos del arte y otros más complicados é inquietantes, fiel reflejo del alma contemporánea.

La poesía filosófica y científica es una de las formas, acaso la más discutida, de la literatura de ideas. D. Melchor del Palau, en su discurso de recepción en la Real Academia Española, dice hermosamente de cómo pueden armonizar la ciencia y la poesía; así lo creían Guyau, Sully Prudhomme

y toda una escuela de poetas pensadores, quienes afirman, además, que la teoría del arte por el arte, bien interpretada, y la teoría que asigna al arte una función moral y social, son igualmente verdaderas y no se excluyen. El literato no debe ser solamente un cincelador exquisito del sagrado vaso de la forma, sino que debe acendrar en su mente el divino licor del pensamiento: ha de tener «cura de almas» y verter á manos llenas sobre los corazones, la generosidad, la piedad y la verdad, como los sacerdotes las bendiciones sobre las multitudes prosternadas. Ya lo había dicho un gran pensador que fue al propio tiempo un luchador y un apóstol: «la poesía debe ser la facultad de simbolización puesta al servicio de una grande idea.»

El arte y la ciencia. Hé ahí dos palabras que representan las dos más grandes manifestaciones del genio humano. Cuando Gounod, que escuchaba las explicaciones de M. Janssen sobre las leyes de Keplero, exclamó conmovido hasta las lágrimas: «¡Cuán bello es esto!» afirmó el elemento es-

tético de la ciencia y su alianza por lo más alto del espíritu, como la poesía, corroborando tal vez sin saberlo aquel concepto de René: «son los poetas quienes verdaderamente explican las leyes del universo.»

La teoría del arte por el arte es verdadera, siempre que por arte no se entienda exclusivamente la forma, sino también su consubstancialidad con el fondo; en el cuadro del JUICIO FINAL no se admira solamente el prodigio del movimiento y del vigor, sino la vasta y milenaria concepción del pensador artista que transportó al muro consagrado, todo un dogma cristiano. Y es que en todo grande artista hay un educador y pensador: «la poesía del alma, dice Hugo, inspira los nobles sentimientos y las nobles acciones,» y agregaría yo: «las grandes ideas.» El manoseado aforismo de que «el estilo es el hombre» contiene, una verdad mucho más honda de lo que á primera vista parece. Las maneras literarias son la comprobación inequívoca de los quilates de nobleza moral del escritor y aun si se quiere, de su personal distinción. Temperamento,

hábitos mentales, predilecciones intelectuales, hasta la social categoría y el medio en que se vive aparecen en ese exponente soberano é inequívoco del carácter y de la mentalidad. Así como hay escritores cuyo ingenio puede deslumbrar, pero que es imposible leer sin disgusto como agresivos de la dignidad mental y aun del personal decoro del lector, así también los hay cuya sociedad y comercio intelectual son un verdadero «sursum», un aprendizaje de maneras hidalgas y proceras virtudes: modalidades literarias hay que revelan la intensidad moral del autor, como una agua límpida y serena muestra bien la profundidad de un gran lago. Y es que la manera de expresión no puede ser otra cosa que el reflejo de las ideas y hábitos de la mente, y así quien tiene ideas y sentimientos de elección, poseerá un estilo firme y noble. Hé ahí como la literatura de ideas alcanza á depurar la forma y á ennoblecer el magisterio social del escritor.

No ha mucho un publicista hispano americano invitaba á otro á dar impulso con el ejemplo de ambos, en

América, á un movimiento de ideas y de producción literaria que se encaminase á un fin de educación social, de formación de la conciencia colectiva de estas democracias sobre fundamentos de paz, de amor, de tolerancia y de cultura. En efecto, la noble austeridad en el pensar, el sentimiento amplio y generoso, la honradez y dignidad del escritor, pueden ser parte no pequeña en la exaltación de los destinos intelectuales y sociales de nuestros Estados de la América hispana.

Un pensador ha afirmado que la más alta misión de la mente humana es la de fundar y conciliar, no la de demoler y refutar. Ya podemos imaginarnos el inmenso bién que han de hacer en nuestra patria esos principios y las múltiples consecuencias que han de tener, así por directa aplicación como por analogía en los diversos ramos de actividad de nuestra vida de relación, tan menesterosa de optimismo, de justicia y de caridad.

Pláceme imaginar desde este punto de vista la nacional importancia que ha de tener, como institución social,

la ilustre corporación que hoy abre á mi obscuridad sus puertas decoradas; en ella han de concentrarse, como en un poderoso foco, las diversas irradiaciones de la mente literaria del país; ella las ha de estimular y sugerir, reivindicando para nosotros el concepto que ya nos discernió el veredicto hispanoamericano, de pueblo propicio á las cosas del espíritu y á las mejores formas de la civilización; con la amplitud y generosidad intelectual de que ha dado buena muestra al llamar á su seno escritores como el que os habla, ha de ser como el ara sacrosanta del culto de las humanas letras, no importa el punto del horizonte político ó filosófico de donde sople el viento de espíritu que las anime; ella contribuirá á levantar y aquilatar la cultura nacional, á acercar las inteligencias de elección y á fundar, con el intercambio de ideas y la comunidad de vocaciones, un sentido de tolerancia y generosidad intelectual, de casticismo y de atildamiento cuya influencia en la vida y en el arte no puede menos de ser benéfica y noble.

La Academia Colombiana, que aho-

ra inicia la segunda etapa de su benemérita existencia, será con los esfuerzos que estimula, con las tradiciones y legítimas veneraciones que preserva y con los férvidos anhelos que despierta, para la patria una ilustre y gloriosa institución, para las letras un templo inviolable, y para quienes tenemos la fortuna y la honra de pertenecer á ella, timbre de legítimo orgullo y repuesto asilo de nuestra vida intelectual.

He dicho.

NARIÑO [1]

En la inauguración de su estatua en la Plaza de Nariño de Bogotá, el 20 de julio de 1910, Centenario de la Independencia de Colombia.

—

Señores:

La Comisión organizadora de las festividades del Centenario ha tenido á bien designarme para que la represente y hable á nombre suyo en la inauguración del monumento con que la gratitud nacional honra al Precursor de nuestra Independencia. Debo, sin duda, honra tamaña á mi

1. Se publica el discurso en su integridad, incluyendo las partes que, por premuras de tiempo, se suprimieron al pronunciarlo.

conocida admiración por el héroe y á la circunstancia de haber pedido para él este monumento en un opúsculo escrito en Europa y del cual han de ocurrir, naturalmente, reminiscencias en las palabras que ahora diga y en las glorias que aquí evoque.

En la sociedad mundial de los pueblos, dije entonces, una nación puede medir el derecho que tiene al respeto y á la consideración de las demás, tal vez no tánto por la imposición abrumadora de su entidad ó el exponente de su potencia material, cuanto por los grados de capacidad de amor á ella que se acendren en el corazón de sus propios hijos. Ante el criterio superior de la razón, un ciudadano de Ginebra tiene mayor derecho á enorgullecerse de su patria que no un súbdito del Czar de todas las Rusias y Grecia afirma en la historia una virtualidad civilizadora que el mayor de los imperios no ha poseído jamás. El sentimiento de amor patrio debe, pues, cultivarse con tenaz esmero y nimio como un elemento moral de eficiencia irrecusable, como un factor de fértil realidad en todo

empeño encaminado al desarrollo de las fuerzas vivas de un país. Ni puede transitorio desmedro alegarse como una razón para que ese amor descaezca y amengüe, puesto que es precisamente el cultivo de tal sentimiento, el reencender de tal amor, uno de los agentes más poderosos á levantar de postraciones y á restaurar abatidas fierezas. Es, pues, necesario regresar al optimismo, es necesario creer en la patria, en su potencialidad, en su porvenir y en la alteza de sus destinos. El concepto de patria no es ni un prejuicio desdeñable ni una vacua abstracción; ni señuelo de cándidos ni urdimbre de patrioteros. Es algo muy real: comunidad de muy tangibles y positivos intereses humanos y al propio tiempo vinculación ideal de tradición, de sentimientos y de aspiraciones. Es cuanto amamos y cuanto nos ama, lo menos fugaz y lo mejor de nosotros mismos: la piedra ennegrecida de nuestro hogar, la cuna de nuestros hijos y la tumba de nuestros padres, el valle de nuestro pasado y la ciudad de nuestro porvenir. La exaltación

de esa religión de la patria, comporta también la más pura enseñanza ética, como que es la natural ampliación, la proyección luminosa en el tiempo y en el espacio, de aquel precepto de elemental equidad y de sacrosanta y eterna sabiduría que nos previene ante todo, sobre todo y á pesar de todo: «honra á tu padre y á tu madre.»

Se ha observado ya que todos los pueblos comprenden la necesidad y la importancia de una gloriosa tradición nacional y cuando la tienen escasa, la magnifican, y cuando no la tienen, la inventan: de ahí el deificar á un Washington y el crear á un Guillermo Tell: el héroe engrandecido por la veneración nacional y el héroe forjado por la tradición popular. El General de milicianos, probo y patriota, pero desprovisto de genio, se transfigura, por la alquimia milagrosa del amor y de la gratitud, en el héroe epónimo de un continente: el cazador legendario, el arquero fantástico, perdura, con acción de presencia que la crítica corrosiva que le niega no ha podido destruír, como el símbolo sacramental de una idea. La adoración

colectiva, auténtica manifestación de una colectiva necesidad, erige así, en el vértice de las tradiciones de cada pueblo, el superhombre representativo en quien se encarnan las condiciones superiores de la raza: la surgente milagrosa y única de donde las naciones, con generosa superstición, hacen brotar su origen, su carácter, su historia y su gloria, como de un inviolado Horeb.

Nosotros, á dicha, no habemos menester de la lámpara de Aladino de la leyenda para hacer surgir nuestros Héroes á la existencia y á la glorificación: los tenemos muy reales y de una excelsitud que se antojaría legendaria si no estuviese ahí la historia para afirmarla. A esas efigies egregias sólo falta un pedestal digno de ellas—la grandeza nacional—para que sean visibles desde todos los puntos del horizonte. Levantémosele.

El Evangelio de la Patria, integración excelsa del Evangelio de la justicia y del amor, impone hora por hora el deber de preservar para la creación de nuestros padres, el sentido íntimo que tuvo en la mente de quie-

nes la concibieron: entidad de fortaleza, de dignidad y de justicia, solar hospitalario y fértil heredad, albergue inviolable de nuestra vida moral y ara de nuestras adoraciones sacrosantas. Para fecundar los campos de la Patria necesario es arrancar primero de ellos toda semilla de odio, porque el odio es consusbtancialmente infecundo y devastador: después cumple sembrar, sembrar mucho, sembrar ideas, sembrar virtudes; sembrar esfuerzos y sembrar granos: sembrar en la tierra y sembrar en el espíritu, sembrar en el presente y sembrar en el porvenir. Cuando venga la cosecha que sembró nuestra buena voluntad—que vendrá, de ello estad ciertos, por la óptima causalidad de toda expansión de vida—será una cosecha de bendición, como la del sembrador de la parábola: entonces tendrán nuestros héroes un pedestal digno de su estatura. Tal es el examen de conciencia que determina y el pensamiento que evoca la fecha del centenario, pregonera de que la República ha llegado ya á su mayor edad. Mas del propio modo como en las religio-

nes positivas se discierne un elemento esencial y otro formal, el dogma y las prácticas, en el amor patrio, que es también una religión, hay doctrina y hay culto externo, necesario éste como manera de exteriorización de sentimientos sociales: es la dedicación de los emblemas visibles y objetivos con que el respeto público honra nuestro mejor blasón y la más pura de nuestras tradiciones: tal es el alto sentido de las festividades cívicas, de las apoteosis y de las estatuas.

Tarde llega para Nariño la sanción del bronce, pero llega al fin. Bogotá glorifica hoy, en su mejor día, á aquel hijo preclaro suyo que cuando se proclamó la independencia, en esta misma hora una centuria hace, ya llevaba diez y siete años de esfuerzos y de cadenas por esa causa suprema: que fue su verbo inflamado y su brazo poderoso, su númen y su mártir, su Precursor y su realizador: que desde la publicación de *Los Derechos del Hombre* en 1794, hecha por él y por

él impresa, hasta la proclamación de la independencia absoluta, verificada por su iniciativa y con su sanción, en la inquieta parábola que describió su existencia, ora filósofo, ora soldado, ora conspirador y ora Dictador, condensa y simboliza, como exponente auténtico, todos los esfuerzos de pensamiento y de acción de un agregado colonial para convertirse en pueblo: que, en una época de sopor intelectual, que fue nuestra edad media, tuvo de la libertad un concepto tan alto y una visión tan intensa y tan moderna, que la comprendió no sólo como una aspiración ineluctable del alma humana, sino como una consagración de superioridad moral que implica la previa labor de merecerla y por eso, antes de independizar pueblos, comenzó por emancipar espíritus!

No iguala Nariño á Bolívar en la llamarada del genio, ni á Santander en el superior sentido administrativo, ni á Sucre en las dotes ni en la fortuna del soldado, pero nadie le supera en cuanto es la egregia grandeza del carácter, la generosidad y nobleza del espíritu, la formidable in-

tuición revolucionaria y la intensidad del patriotismo.

Concentraba Nariño en su alma, como potente foco, el movimiento de ideas de su época, que la Revolución francesa esparcía á la sazón, en forma de lenguas de fuego, por el mundo y su espíritu inquieto presidía y estimulaba, de esta suerte, en plena adormida noche de la Colonia, un formidable despertar intelectual, preñado de las más fecundas germinaciones. Bienhallado y aun distinguido durante el Gobierno español, fueron sus opiniones y militante actitud no determinación de condiciones personales, ni brotes de mal regida ambición, sino férvida surgente de una intensa visión interior de patria y de un altivo concepto de dignidad humana; tales caracteres quedaron impresos en la revolución que brotó al calor de su iniciativa. Si, en vez de la fatalidad que le detuvo en los Ejidos de Pasto, hubiera una estrella propicia llevádole á coronar la última etapa de su marcha triunfadora y entrado á Quito como Libertador, según el vasto propósito de su campaña del

Sur, se habría anticipado diez años nuestra Independencia y el destino del país variado singularmente. No lo determinó así la misteriosa ley que rige la historia de las Naciones, y el prócer sin ventura hubo de extinguirse como sol apagado por turbios cendales de bruma antes de alcanzar la pompa gloriosa de un ocaso en el mar.

No llegó en la epopeya americana á la eminencia única en donde erigida está la efigie de Bolívar, de Washington, de Sucre, de San Martín: pero aparece en esa otra cumbre más lejana, velada por las evanescencias melancólicas de lo que *pudo ser*, pero siempre muy alta, en donde una equidad retrospectiva é incorruptible venera á los precursores y á los mártires y lo reúne para los propósitos de la rememoración y de la gloria, con Hidalgo, con Miranda y con Martí.

*

La actuación política de Nariño en los primeros días de la República califícase al propio tiempo de inexperta y extremosa, como lo es siempre en los períodos caóticos de formación de los

Estados. Mas ¿qué mucho que los hombres de 1810 no acertasen desde el principio con la verdadera fórmula de nuestra redención, si quienes les han sucedido y después de un siglo de dolorosos ensayos no han dado con ella todavía? Hoy—digámoslo en honor de nuestros padres—se exhibe al buscarla la misma dolorosa inexperiencia que en 1810, sin aquel sello de sinceridad y desinterés ennoblecidos é irrecusablemente garantizados por la anticipada aceptación del sacrificio, que fue como la constante en el carácter de los hombres de la Independencia y que los redime de toda sombra de error y los consagra á la admiración del porvenir. Centralista en 1811, federalista en 1821, exhibió, empero, el ilustre cundinamarqués en esta aparente inconsciencia un sentido político profundo y una alta comprensión de las necesidades de un país que, si para resistir á España había menester de aquella vigorosa centralización de esfuerzos que dió tan formidable eficacia á los revolucionarios franceses al favor de su fórmula adamantina «La Francia una é indivisible,» en

cambio, después de constituido exige de los imperativos mismos de su topografía y de su etnografía aquella amplia descentralización bajo cuyo imperio la República vio sus mejores días. El valor de sus opiniones que le llevó á separarse dos veces de las ideas en boga, condensó sobre su cabeza caliginosas nubes que ni la muerte ni el tiempo han sido parte á disipar. Los extraviados lo perdonan todo, menos la irrefutable comprobación de su error: haber tenido razón contra todos es un pecado que la expiación y la tumba no alcanzan á redimir. En la vida de las naciones las ideas más avanzadas y generosas, como sol naciente, iluminan sólo las cimas más altas y aquel grupo profético de que nos habla Quinet, destinado á recibir, á elaborar y á propagar las ideas que han de ser más tarde la fórmula salvadora de una sociedad y el lote común de los pueblos, tiene que pagar al precio de la incomprensión, del desdén y de la injusticia de sus contemporáneos, el dón de su clarovidencia y la audacia de sus revelaciones.

Fue Nariño hombre de guerra y lo fue eminente: así lo exigían las duras necesidades de la hora luctuosa. Su campaña del sur, que fue una sucesión de victorias y entre ellas el paso del Juanambú y la épica ascensión de Tacines, son timbre bastante para una vida y consagración suficiente para una gloria. Fue hombre de guerra, repito, mas no eso lo relevante de su carácter, ni la definitiva actuación de su carrera: fue antes que eso y más que eso, un revolucionario formidable, un apóstol de principios, un agitador de ideas, un intelectual de soberana y sutil mentalidad. Arquetípica personificación de su patria bogotana en cuanto son las áticas gracias del espíritu y gentilezas y donaires del carácter, así como también en sus defectos y errores innegables, Nariño es ante todo un hombre civil. Debe, por tanto, comprendérsele entre las personalidades de pensamiento militante que dieron á nuestra revolución sus rangos distintivos y aquilataron, aun en medio de las violencias de la guerra de emancipación y de las miserias de la

civil porfía, las tradiciones legalistas de nuestro país, que nos distinguen todavía á fuero de pueblo culto é intelectual entre nuestros hermanos de América. Tal parece como si en nuestro destino y nuestra historia estuviesen predeterminadas las modalidades de nuestro carácter nacional. Fue nuestro conquistador español, Jiménez de Quesada, un letrado en quien el cultivo de letras y estudio de leyes no andaban reñidas con las partes de audaz y esforzado capitán: pronto estableciόse entre nosotros el Gobierno Civil de los Virreyes en contraposición al militar de los Capitanes Generales de otras Colonias. Casi todos los soldados eminentes con que la Nueva Granada contribuyó á la guerra emancipadora fueron al propio tiempo hombres de letras: el publicista de *Los Derechos del Hombre*, Cabal, de quien dijo Bello:

«Llorado de las Ciencias,
De Popayán llorado.»

García Rovira «*El Estudiante de Derecho*,» Santander «*El hombre de las Leyes*» etc., etc. Pero nuestros ver-

daderos prohombres son los civiles. A esa luz aparece el perfil catoniano del Adversario, vigorosamente delineado ante el Precursor no menos grande que él y como él representativo de un principio y de un sistema. Camilo Torres, la otra grande personalidad de los orígenes de la República, severo é inmaculado, realza, en efecto, con su carácter y su actitud, el relieve histórico de su rival, como en el drama shakesperiano la virtud de Bruto acentúa la grandeza de César. Un pueblo que en la iniciación trágica, en las tormentas del primer momento, exhibe tales figuras como exponentes geniales de la raza, puede sentirse orgulloso y debe estarlo, que nunca será entidad desdeñable en el concierto de las naciones, aquella dentro de la cual es posible la aparición simultánea de tales espíritus.

Destácanse en la carrera de Nariño, toda ella retemplada por la acción y aquilatada por el ideal, ciertos rasgos supremos, como cimas blancas en la alta cordillera: esos rasgos, de un temple de alma antigua y de una magnanimidad vencedora de toda fla-

queza de venganza ú odio, esculpen para todos los tiempos la verdadera efigie, la real excelsitud de su alma en donde la necesaria sombra de culpa ó de error, lote de toda vida, no alcanzan á amenguar ni el encumbramiento de cenit, ni la irradiación generosa de calor y de luz. Cuando después de las perpetuamente infructuosas jornadas de nuestra primera guerra civil tiene para Baraya, su adversario, abiertos brazos de compañero y para Niño, su enemigo, corazón más abierto aún, de hermano; cuando recibe afable y gentil al individuo enviado para asesinarle y le entrega todas las llaves de la casa «para que pueda huir después de muerta su víctima». No, yo no mataré á Nariño, balbuce el asesino, conmovido por tánta generosidad y tánto valor: «Sentaos entonces, dícele aquél, y hablemos de estas cosas de la Patria»; cuando condena duramente la conducta del matador de Asin, como César la del de Pompeyo, y se expone por el resentimiento de su subalterno á la traición y á la muerte; cuando entrando con su Ejército vencedor,

pero hambreado, en Popayán, prefiere el descontento y la privación de los suyos antes que se toque un átomo de la propiedad de sus enemigos; cuando ante el amotinado populacho que pide á gritos en Pasto la cabeza del prisionero, sale indefenso y grita: «Aquí tenéis á Nariño.» ¿No son éstos, por ventura, ecos no atenuados de aquella voz cuya resonancia llena los ámbitos de la antigüedad: «Soldado, te atreverás á matar á Cayo Mario?»

Fue de los que consagran su vida entera á la realización de un ideal de deber ciudadano y de justicia social; de los que marchan, férvida y luminosa el alma, sin detenerse y sin vacilar; de los que ofrendan, en sobrehumano renunciamiento, todas las energías del alma y todas las dulzuras de la vida al propósito supremo de su misión; de los fuertes cuya actividad formidable es un ejemplo y un reproche á las generaciones contaminadas de pesimismo, de depresión ó de egolatria; esa grandeza esencial para cuya estatura nada importan el éxito ni el triunfo, que emerge por

sí misma, á pesar del infortunio, del vencimiento y de la persecución, como una roca ingente de en medio de la onda de pequeñez y vulgaridad que nos asedia, nos lleva á reiterar, delante de esta estatua, lo reversible y eterno de la ley moral, lo augusto del sacrificio, el imperativo categórico del deber, lo fecundo del desinterés, todas las grandes realidades de la conciencia humana, cuya afirmación suprema establece que solamente la justicia de los hombres puede fundar la libertad de los pueblos!

No desconozco sus faltas, ni las excuso: ellas son el fondo de sombra necesario para que se destaque, en toda su fuerza y con toda su pureza, el mágico toque de luz de los cuadros de Rembrandt. Será siempre lamentable, empero, ver á una personalidad superior empeñada por la fuerza mayor de las circunstancias, en porfías cuya intrínsica miseria excluye de ellas toda posibilidad de grandeza moral; pero si el prócer entra un momento en el descenso obscuro de la onda de su vida, es para reaccionar luégo y levantarse con su actitud verdadera-

mente nacional y procera de 1814 y restaurar después de modo definitivo, ennoblecida por la renunciación y purificada por el infortunio, la magnitud integral de su carácter histórico.

Entre todas las grandezas tiene este Edipo americano, cual ninguno otro, la del infortunio que nimba la frente de los predestinados de la fatalidad con un halo misterioso y terrible que dilatan las sombras del sepulcro. En toda marcha ascensional hay el abnegado que sucumbe y el afortunado que llega: el que siembra la planta y el que recoge el fruto: el Moisés que muere en el desierto y el Josué que entra en la tierra de promisión: el que merece triunfar y el que triunfa. Un lauro para el vencedor, una lágrima para el vencido! pero nó: alguna vez la Equidad suprema corrige el error del destino ciego, y la posteridad glorifica á los que sucumben. *Victis honos*, honor á los vencidos! Nariño fue el gran vencido de nuestra historia, el sempiterno proscrito y algunas de las persecuciones de que fue víctima constituyen la más elocuente revelación del extravío de

los partidos y la inaudita crueldad de las pasiones políticas. Cuando ante el Senado se pretende convertir los títulos de su gloria en estigma de ignominia, se le enrostra su desgracia como un crimen y de sus padecimientos por la patria se forman indignas acusaciones para proscribirlo de la República; cuando por eliminar al Hombre superior y por tanto rival temible no se vacila en deshonrarlo y deshonrar á Colombia en uno de sus hijos más preclaros, se le discernió sin saberlo y sin quererlo uno de los timbres que mayor realce dan á su figura ante los espíritus de elección de la incorruptible posteridad. Fue entonces cuando pronunció su admirable *Defensa ante el Senado* que resuena entre los anales de nuestra elocuencia como el Tequendama en las montañas. El ambicioso vulgar ve en el hombre de intrínsico valer su natural adversario y le señala necesariamente, á los dardos enherbolados de la animadversión. Ser, pues, calumniado, excluido, proscrito, insultado, es una distinción, es un honor, es casi un magisterio: es ser señalado

por la medianía para representar el mérito, por la ruindad para representar la elevación, por el abuso para representar el derecho, por el crimen para representar la virtud. Quien concitó los rayos de arriba, era bien que atrajese los lodos de abajo: ese odio es una nueva consagración, sin él su relieve histórico no sería completo; faltaría un codo á su estatura.

Por una suerte de reparación intuitiva de la conciencia pública, el más perseguido y olvidado de nuestros próceres recibe hoy la mejor rememoración (1). Este concurso brillantísimo de distinguidas damas—grácil teoría de hermosuras que marcha á un propósito de exaltación del alma colombiana, en homenaje patriótico del cual

---

1. A la inauguración del monumento de la Plaza de Nariño, en Bogotá, el inolvidable 20 de julio de 1910, concurrió llevando coronas de laurel, banderas colombianas y flores, una procesión de más de dos mil damas de lo más distinguido de la sociedad bogotana. Este homenaje extraordinario fue organizado por la señora Soledad Acosta de Samper, autora de una Biografía de Nariño. En pos de las damas iban diez mil niñas de las escuelas públicas, vestidas de blanco y con los colores nacionales, portadoras de flores para arrojarle al Prócer al compás del himno nacional: después todas las Universidades, todas las Academias, todos los colegios y escuelas, los gremios de artistas y de obreros, cuantos cupieron en la anchurosa plaza, que pueden calcularse en treinta mil personas.

sería difícil encontrar el precedente ni buscar la imitación—Esta apoteosis, digna del héroe que ante todo fue gentil y apuesto caballero y modelo de honor y de virtudes privadas, esta inmensa reunión de pueblo nunca antes vista entre nosotros, esta férvida y unánime elación del alma colectiva, este estremecimiento que ha circulado como un espasmo eléctrico por la inmensa concurrencia en el instante en que se ha descubierto el bronce vivificado por el ya ilustre genio de Greber; este entusiasmo delirante y atronador, este diluvio de flores y este concierto de aplausos y de himnos, más que la glorificación de un hombre, es la glorificación de Colombia misma en su representativo genial y auténtico, es la afirmación suprema del concepto de solidaridad compatricia, su símbolo y su ideal.

La fiesta es digna de nuestra historia y de nuestra sociedad y nunca como ahora se ha cumplido mejor aquel concepto de que el insulto de hoy es el primer sufragio para la Estatua de mañana. Hemos tardado un siglo para esta reparación, pero ella será como

aquella flor maravillosa de la India que tarda cien años en brotar, pero que una vez abierta no muere jamás. Nariño, como el trágico griego, ha podido escribir en la obra de su existencia esta altiva dedicatoria: *Al Tiempo*.

La estatua está erigida ya; el bronce inmutable preside desde su augusta serenidad al tráfago de nuestra vida y la vana agitación de nuestros días: en su plasmante síntesis personificadora, en su alta significación emblemática, es como una sugestión de perenne elocuencia, como una enseñanza austera que el arte esculpe ante el sol de la plaza pública. Es la milagrosa evocación, en la línea y en el contorno, que hace concurrir á nuestra vida, como un ejemplo, como un reproche, como una lección lo excelso del carácter y lo heroico de la actitud del grande hombre desaparecido. La efigie del ciudadano que tuvo para su ciudad natal una especie de amor apasionado de amante, se yergue por fin, como una perpetua resurrección del héroe, como una visión del infinito ante el vasto hori-

zonte de la Sabana. Alta y melancólica la frente, dominadora de los tiempos, tendida en vaga ensoñación la mirada hacia el hogar de sus predilecciones; descubriendo inerme pero decidido el pecho á sus enemigos á quienes nunca supo temer ni odiar; firme y tranquilo ante el hervor tumultuario como cuando gritó á las multitudes que pedían su cabeza: «Yo soy Nariño»; en un gesto de sublime desafío á la injusticia de los hados y á las pavuras de la Muerte. La arrogancia del héroe y la tristeza del vencido armonizan felizmente en este bronce que más que la glorificación de un hombre, representa la rehabilitación de un pueblo, el símbolo y el ideal de la Patria misma: la efigie veneranda visible desde muy lejos será desde hoy el numen prestigioso de la ciudad.... Yo saludo al prócer esclarecido en nombre de las inquietas generaciones presentes; lo saludo porque tuvo la triple virtud de ciudadano, de patriota y de hombre; porque tuvo el genio que hace á los hombres grandes y el infortunio que los hace excelsos; porque fue un es-

píritu de valor, de nobleza y de generosidad; porque aun en el fondo de su calabozo de Cádiz, aun después de la inaudita acusación ante el Senado, nunca dudó de Colombia ni de los colombianos; porque tuvo la virtud humana de cerrar su corazón al desaliento y la virtud sobrehumana de extirpar de él todo dejo de amargura ó de rencor; porque después de tántos anhelos, de tántos esfuerzos, de tántas luchas y de tántos infortunios, murió con la sonrisa en los labios y en el alma el himno sin palabras de la renunciación, concentrando su espíritu egregio en esa indefinible expresión que el escultor sorprendió en sus labios y que ante el certamen de nuestras miserias no sabemos si sea un gesto de admonición ó de piedad; que ante el esfuerzo de nuestro resurgir parece alentarnos con el supremo ejemplo de su espíritu y de su vida á ascender sin vacilaciones ni dudas, adelante por sobre los vórtices, el áspero Tacines de la rehabilitación nacional!

He dicho.

LA LITERATURA HISTORICA

EN VENEZUELA

En la Academia Nacional de la Historia de Caracas

Señores:

La distinción—tan alta como inmerecida—que habéis discernido al escritor extranjero que es hoy Representante oficial de Colombia en la cuna de Bolívar, patentiza bien vuestra generosidad intelectual y la simpatía que os vincula á la República hermana: vuestra elección, más que al Diplomático está encaminada á honrar al Estado que él en este instante personifica aquí, en este fortu-

nado hogar de tántas glorias y que yo considero como la prolongación prestigiosa de la gran Patria colombiana. Ello obliga dos veces mi gratitud y estimula la que pudiera llamar una suerte de afinidad electiva que siempre ha atraído mi espíritu hacia la intelectualidad venezolana, la cual, en este docto recinto, exhibe exponentes de la más elevada potencia y eminente y preclaro valer.

Como dos astros que se hiciesen simultáneamente visibles en la más fúlgida región sideral, Colombia y Venezuela aletargadas é ignoradas durante la luenga y soporosa época colonial que fue á la vez nuestra edad primitiva y nuestra edad media, lenta propiria del grandioso incendio de nuestra edad heroica, aparecen de súbito, erguidas sobre la misma cuadriga de guerra, nimbado el casco de oro, acerado el brazo, sobre la frente, sobre el pecho y en la punta de la lanza trisulco toque de luz, en la epopeya formidable de la guerra de independencia. ¿En qué ignoto semillero, del seno de qué madres fecundas surgió el germen de tan pro-

digiosa floración de energía nacional como evidenciaron, en la hora solemne y trágica de las iniciaciones, aquellos dos pueblos desconocidos? Es lo cierto que, invisibles hasta entonces, los dos astros, de primera magnitud en el recuento de los heroísmos colectivos, tuvieron su conjunción en pleno cenit.

Por razones sociológicas que ya empiezan á estudiarse y en las que aparece, con extraño relieve, esa fatalidad de la influencia telúrica sobre la humana actuación, que ha inspirado á Karl Ritter sus famosos paralelismos entre la civilización y la geografía, Colombia y Venezuela han mostrado —predeterminados en su etnografía y en su topografía,—desde el alborear de su ingreso en la cultura occidental, los rasgos diferenciales de su carácter, de su historia y de su mentalidad. Unos pocos grados de latitud, dice Taine, determinan entre el inglés y el francés una notable diferencia en el concepto de la vida. Unos cuantos grados de calor, la diferencia de unos miles de metros en el relieve, la diversa proporción en

las unidades fisiológicas que se mezclan en las razas pobladoras de una comarca y la historia ritma sus armonías al suspiro del aura ó al hálito proceloso de la tempestad. El cielo azul del Atica inflama las odas de Anacreonte y el horizonte lívido del Norte forja el ensueño místico de Swedemborg ó la rígida concepción religiosa de John Knox. Es imposible, pues, que en Bogotá, en Pamplona, en Pasto, en Tunja bajo cielos austeros y horizontes que recuerdan los *highlands* de la pensadora Escocia, floresca la planta humana y se dilaten las pompas del espíritu como en los verjeles de Caracas, de Maracaibo ó de Ciudad Bolívar, embalsamados por el limonero y el jazmín, al blando susurrar de las palmeras; ni es natural, tampoco, que en el centauro irreductible de la llanura sin lindes se arraigue, como en el ciudadano, el concepto serio de la vida y el ideal austero de la libertad. Pero esos dos pueblos, complementándose y confundiéndose en la identidad de un mismo propósito y en la excelsitud de un mismo sacrificio, concurren á la cita suprema con fúlgida

y maravillosa corradiación. Nariño y Miranda, esos dos legendarios caballeros andantes de la Revolución, se comprenden al grado que el caraqueño, en los días de prueba que precedieron y siguieron á las oscuras campañas de Valencia y de los Valles de Aragua, dice del bogotano: «Nariño es de los pocos hombres con quienes se puede hacer una revolución en América» y luégo, cuando llega la hora, sombría entre todas, del irremediable desastre, piensa en el distante hermano del corazón y del espíritu como un refugio y como una egida. Camilo de Torres, el gran prócer civil de la Nueva Granada, excelso por el talento y más excelso aún por la virtud, comprende con la intuitiva visión del genio y estimula noble y generosamente al otro genio incomparable, héroe epónimo de un continente, cuando el joven Bolívar, entonces apenas en la aurora de su gloria y de su obra, solicita del Congreso de la Nueva Granada, ya libre, auxilios para libertar á Venezuela sojuzgada. Un puñado de granadinos, cruzados del Derecho, vuela en 1813

á emancipar á sus hermanos y el sacrificio de Girardot y de Ricaurte pone doble sello de púrpura y de fuego á aquella santa alianza de los pueblos, refrendada en 1819 con la campaña de Boyacá, iniciada por Bolívar y Santander y que fue en sus marchas, una estela del prodigio y en sus batallas un ensueño magnífico, convertido en formidables realidades de esfuerzo y de liberación. El paralelismo de nuestra doble historia acentúa, después de 1830, de modo definitivo, la actuación respectiva y el carácter de los dos pueblos, destinados por la misma intrínseca desimilitud de sus condiciones, á complementarse hoy en la sociedad internacional como se complementan en la historia y en la gloria, con esa identidad plena de eficiencias que las modernas concepciones científicas afirman entre la materia y la energía, integradas indisolublemente en una sola potencialidad de resistencias y animadas por una sola impulsión de actividad.

Las brillantes iniciativas de Venezuela en cuanto fueron las empresas de la guerra y de la política durante

la magna lucha, han tenido su luminosa proyección en el campo de la literatura histórica: el hecho heroico inspira la idea heroica y la fórmula insuperable de su expresión. La materia ha sido tan rica y tan fecundantes los manantiales de inspiración que, si exceptuamos á Bello y á Cecilio Acosta, puede decirse que no ha habido escritor venezolano que no haya esculpido su nombre, con relieve más ó menos alto, en el mármol y el bronce del templo de la severa Clío, que aquí se impone á nuestro espíritu con la majestad y el prestigio de un Panteón nacional. Baralt—y este nombre acude necesariamente el primero cuando quiera que se junten los dos conceptos de historia y de literatura —y su compañero Díaz trazan con no superada maestría y toda la serenidad de una escultura clásica, la síntesis del esfuerzo que hizo del agregado colonial un pueblo de libertadores, sin que deba olvidarse cuán admirablemente sirve á su castizo resumen la anterior y meritísima labor del Prócer Don Francisco Javier Yanes; ya antes que ellos Don Feliciano

Montenegro había inaugurado en su patria los estudios históricos con una obra en la cual la entidad corre parejas con el mérito del esfuerzo; ni puede dejar de mencionarse, en la época de la guerra á quien sirvió á causa adversaria con pasión aunque no sin vigor: José Domingo Díaz venezolano realista, mejor, absolutista. Austria intenta felizmente la historia militar, Páez canta su propia Ilíada y Larrazábal en un libro lírico y elocuente que tiene más de canto épico y de hagiografía que de historia crítica, hace del Libertador un semidiós y se erige en su Homero. O'Leary, Blanco, Aspurúa y el General Rafael Urdaneta descorren el velo de las reconditeces de aquella fabulosa hazaña y asientan para siempre las bases de la historia sobre la observación directa, comprobada y minuciosa y el códice severo é incontrovertible: continúa y complementa labor tan útil como ingente vuestra perilustre Academia y en especial la comisión de los señores Coronado, Viso, Saluzzo y Gutiérrez Coll con la publicación de los once volúmenes

de «Documentos para los Anales de Venezuela» desde 1829 en adelante. El implacable panfletista Juan Vicente González escritor de vigorosa originalidad y gran potencia, fulmina el ariete de su estilo demoledor en un libro tremendo y cruel, dictado por la pasión política contra un alto personaje,—hablo de *La vida del General José Félix Ribas* y que más que una vida, es una decapitación. Don Felipe Tejera es á vosotros lo que en Colombia el noble Quijano Otero, el Evangelista de la Patria. El marqués de Rojas, fascinado por la romancesca figura de don Francisco de Miranda, aborda la vida del paladín amartelado de la libertad, como Arístides Rojas entre otros muy importantes trabajos, nos muestra el papel del caraqueño, ciudadano y soldado de la República universal, al servicio de la Revolución francesa, en la época del Terror. El Doctor Ricardo Becerra, ilustre compatriota mío á quien, por múltiples razones hay derecho para incluir en este recuento, con alto ingenio, recóndita información y seguro y amplio criterio, nos deja en su *Vida del Generalísimo* y

en lo que alcanzó á escribir de la de Soublette, páginas que, á semejanza de las de Don Fermín Toro, perdurarán como modelos de severa é indestructible arquitectura histórica. Arismendi Brito á quien saludada Abigaíl Lozano «Al par guerrero y vate» y en quien parecen alentar, con juventud perenne, las más puras tradiciones venezolanas: Seijas, internacionalista eminente é historiador de la mayor excepción; Villavicencio y Calcaño que unen á la más intensa cultura científica el uno, como á las más castizas formas literarias el otro, el amor fervoroso de la patria y de la tradición: Gutiérrez Coll y Blanco Fombona, dos espíritus de distinción suprema; Rodríguez, Díaz, Pachano, Tosta García, Rojas Paúl, los Guzmanes, López Méndez, Muñoz Tébar, Núñez Cáceres, Angel César Rivas, Arteaga, Urdaneta, Level de Goda, Duarte Level, Melo Landaeta, Vallenilla Lanz, Anzola, Tavera Acosta y tántos otros en esta Academia y fuera de su recinto dedicaron y dedican á las investigaciones históricas raros talentos, fe ardorosa, ferviente actividad. Landaeta Rosales con singular fortuna y

paciencia de benedictino hace día por día una y otra revelación importante y fija este y aquel punto dudoso: rastrea el abolengo de Piar, por ejemplo, y reivindica para Ricaurte la posición de Codro colombiano que en mal hora quiso negarle el francés Perú de la Croix: Sucre y Vargas encuentran en el Doctor Villanueva un Biógrafo digno del genio militar del uno, del genio científico del otro y de la virtud procera de ambos; el Doctor Marco A. Saluzzo, cumbre entre las cimas, ateniense extraviado en una democracia tropical, aplica á la crítica histórica su erudición, su elocuencia, el aticismo de su espíritu y el Doctor Eduardo Blanco emboca la broncínea trompa y en un libro en que la posteridad sancionará el aplauso contemporáneo y refrescará el lauro discernido, nos deslumbra con un desfile titánico, con un épico sacudir de alas flamígeras como las que arrebataron á la inmortalidad, en la visión bíblica, el carro de sombras y de fuego de Ezequiel.

La actividad de la literatura histórica venezolana en los momentos presentes

es realmente admirable y, proporciones guardadas, superior á la de no importa que país de intensa producción intelectual; los sucesores de Baralt y O'Leary no han bastardeado de tan alto origen; y vuestros anales se enriquecen día por día con las nuevas creaciones de la originalidad nacional. El Doctor González Guinán pacientemente, concienzudamente, como quien labora para los tiempos, con criterio sereno aunque no exento del calor de la convicción y del partidarismo que, según Macaulay, da á la narración el vigor y el fuego de la vida, asienta los vastos sillares del monumento de su *Historia Contemporánea de Venezuela:* luce allí la documentación amplia, esmerada y minuciosa, campea el estilo claro y fluido y pasma la tenacidad con que sigue uno por uno los múltiples detalles, la información casi diaria de todo un país en largos períodos de existencia, no siempre interesantes y que sin la vasta labor del Doctor González Guinán, se habrían extinguido en la olvidadiza indiferencia de las nuevas generaciones. El parentesco espiritual de este escritor hay que buscarlo entre los sajones: un

Froude, un Fiske; á las veces, sobre todo, en el tomo I, el más esmerado, literariamente, un John Morley. La obra, cuyo tomo 8, acaba de aparecer, constará de 14 volúmenes copiosos, de bella estampa y será sin duda, el esfuerzo histórico de mayor entidad de Venezuela y acaso de la América Latina. Andara y Gil Fortoul crean la sociología venezolana y el primero investiga los orígenes de la Gran Colombia reivindicando, para Miranda, Madariaga y los próceres granadinos de los primeros tiempos de la República, el grandioso pensamiento que realizó, en el espíritu y en el hecho, el genio taumatúrgico del Libertador. En los dos interesantes volúmenes de su *Historia Constitucional de Venezuela*, escrita conforme á las inducciones de la ciencia moderna, Gil Fortoul se exhibe como un escritor de la gran raza, y como un pensador original y audaz; su obra es una síntesis luminosa é intensa de la marcha, no siempre ascensional, de un pueblo y de su evolución legislativa, intelectual y económica; con criterio noblemente filosófico reseña la vida militante de los partidos para desentrañar la obra

de patriotismo que hayan intentado ó realizado y la pureza del ideal á que haya servido: allí aparecen las penosas gestaciones de la civilización compatricia: los ciclos de luchas, de fe, de virtud constructiva; la onda descendente de la guerra y de la desolación, la alteza de los propósitos, la decepción de los resultados; los ensueños de pensadores y de artistas, las siniestras regresiones, las intermitencias del progreso, el espíritu de las leyes y el sentido supremo de la Historia de Venezuela: Gil Fortoul, más que un historiador es un sociólogo y su obra en los anales de la literatura histórica de hispanoamérica tiene todo el valor de una iniciación.

El Doctor Arcaya adopta un método más rigurosamente científico aún. Al estudiar á Bolívar, por ejemplo, cree, con Herbert Spencer «que la génesis del Grande Hombre depende de una larga serie de influencias complejas que han producido la raza en medio de la cual aparece.» Discípulo clarovidente, aunque algo sistemático, de Le Bon, de Spencer, de Taine; asiduo cultivador de Tarde, de Ribot, de la escuela antropológi-

ca y criminalista italiana, estudia á los hombres de la historia patria á la luz exclusiva del criterio sociológico de Le Bon y de los métodos positivos de la filosofía spenceriana que Taine aplica con un rigor que los críticos modernos encuentran excesivo, á las investigaciones históricas. Para él Bolívar es un caso de psicosis genial y la asombrosa personalidad de este Profesor de energía que fue también un Director espiritual y un escultor de pueblos, es la culminación de una luenga sucesión de superexcitaciones psicopáticas hereditarias. Con Lombroso en la mano estudia á Bolívar y á Páez apartándose del criterio metafísico y literario que antes privaba en la historia, y sus interesantes monografías son á manera de cuadros sintomatológicos; el centauro fabuloso de los llanos que lanza en mano en su corcel bravío realizó la más maravillosa de las epopeyas, es, para él, la personificación del mestizo, nostálgico de vida nómade, aguijoneado por atavismos combativos y por la innata necesidad de una actividad tumultuaria, guiando á empre-

sas imposibles á un puñado de leones, reviviscencia de la horda precolombina. El propósito de la independencia no es en Bolívar sino una magna obsesión y él un poseído, «que fue por eso capaz de realizarla.» El genio, como la perla, es la magnífica enfermedad y al propio tiempo la floración suprema de una raza. Situado en esta abroquelada posición impugna Arcaya las conclusiones de Muñoz Tébar quien en su libro *El Personalismo y el Legalismo* atribuye á imperfecciones de educación y no al determinismo ambiente, ni á la fatalidad científica, el innegable contagio de personalismo que troquela el alma venezolana, su historia, su política y su literatura.

El mensaje de Eloy G. González—tribuno elocuente y brillante escritor—es el de las revaluaciones históricas; el de la tramutación nitzscheana de todos los valores de la tradición y de la leyenda; como Edmond Biré, es un demoledor de mitos, severo y convencido; fuerte de talento y de información se atreve á todos los ídolos. Tiene el valor de sus convicciones y

una absoluta virtud de sinceridad. Su crítica implacable de la actitud política del General Páez en el luctuoso año de 1826 es un libro «doloroso—según su propia expresión—que dice de un soplo fatídico de insensatez, arrastrando á los hombres eminentes á las gemonías de la historia.» Tiene para Santander el juicio firme y el veredicto irrecusable de la equidad. El eminente estadista neo-granadino, el organizador de la victoria, el fundador de la Administración civil en su país, no resulta disminuido por la pluma de González. Las faltas del Hombre de las Leyes, que la pasión política ó el espíritu regional recargan de sombra, no alcanzan á amenguar la excelsa estatura integral de su carácter histórico. Como *Dentro de la Cosiata*, es *Al Margen de la Epopeya* un libro conceptuoso y brillante; Altamira, Seignobos, toda la escuela sociológica-histórico moderna, han enseñado al autor que la historia es una ciencia profunda y un sacerdocio de la austera Verdad y él oficia ante el ara, férvido, inspirado, pitonisante. Debo, con todo, consignar la integridad de

mi pensamiento—ya expuesto en otra parte, sobre el criterio histórico de las revaluaciones. La crítica histórica —lo he dicho ya y lo repito aquí, es una verdadera labor de demolición, iconoclasta, corrosiva, irreverente, pero en el polvo mismo de las ruinas que acumula algo hay que incesantemente germina: los destructores de leyendas—zapadores sinceros de la verdad y armados del implacable documento, como de una piqueta, así los más grandes como los menores, desde Wolf y Niebuhr hasta Biré, no sospechan acaso, en su ardor de análisis y de exactitud, las reparaciones que guarda el porvenir. Cuando Taine, penseroso ante una gloria desvanecida, exclamó un día en la ciudad Eterna: «Qué triste cementerio es la historia,» olvidó que, preservado dentro de las cenizas mismas de ese campo de muerte, arde el fuego de una perpetua resurrección. Así, á pesar de cuanto pueda alegar la lógica, el frío análisis, la rigurosa deducción y la desembarazada inducción, la voz de mando de Córdova en las faldas del Cundurcunca y el sublime «Vuelvan caras» de

las Queseras del Medio, seguirán resonando eternamente en nuestros anales, con la agria vibración de un clarín de guerra en las llanuras, exaltando las fibras más intensas de la raza como perenne sugestión de triunfo y de libertad. Que el mito—si lo fuesen—es, por ventura, en ocasiones una verdad más alta, más rica de sentido humano y de símbolo, que la fría y descarnada realidad.

La Literatura histórica en Venezuela ha seguido, pues, la general evolución del pensamiento contemporáneo. Literaria y ditirámbica en Larrazábal, militante y pasional en Juan Vicente González, tórnase impersonal en González Guinán, filosófica en Gil Fortoul, científica en Arcaya, crítica al grado de su singular potencia de análisis y de su rigurosa documentación en Eloy G. González. Al concepto histórico de un Michelet, de un Lamartine, suceden los de Buckle, los de Taine, los de Seignobos, los de Altamira, los de Albert Sorel. La historia que fue ayer un arte, conviértese hoy en una ciencia. Dentro de esa ciencia caben dos concepciones anta-

gónicas bien definidas: La una, que atribuye al factor personal la exclusiva iniciativa de los fenómenos sociales que integran la historia. «La historia del mundo—afirma Carlyle—no es sino la biografía de los grandes hombres.» Nietzsche repite: «La verdadera historia no es la de las masas sino la de los hombres de genio;» «La Naturaleza parece existir para los hombres excelsos» dice Emerson y William James agrega «Las mutaciones de las sociedades son debidas á los individuos de genio». Para George Brandes, «el grande hombre es el origen y el fin de la civilización;» Remy de Gourmont observa sagazmente que «puesto que todo en el hombre se refiere á la inteligencia, todo en la historia debe referirse á la psicología,» y Palante define la sociología como la ciencia «que estudia la mentalidad de las unidades ligadas para la vida social.» Siempre el elemento personal como el factor único de la historia y de la vida. Esa es la concepción clásica, aunque adaptada al moderno aristocraticismo nietzscheano. La escuela sociológica aspira, por su parte, á hacer

de la historia una verdadera ciencia natural, algo como el eslabón superior de la biología; en los acontecimientos humanos busca la influencia de la raza y del medio, la múltiple causalidad de los hechos físicos, independientes de la humana actuación; la vibración paralela y armónica de la naturaleza y del hombre. Para Grant Allen «las diferencias de las naciones entre sí no dependen de ninguna misteriosa calidad racial ni de otras desconocida y recónditas abstracciones, sino simplemente de las circunstancias físicas á que están sujetas;» la cultura griega, agrega, «es simplemente el producto de la geográfica Hellas en acción sobre el factor especial del no diferenciado cerebro ario.» Para Novicow «la ciencia es una, como la naturaleza; no hay ninguna solución de continuidad entre la química, la biología, la sociología y la historia;» Buckle atribuye á la topografía, al medio, á las condiciones físicas de la vida, al desarrollo de la actividad mental en los pueblos, y Draper niega rotundamente el libre arbitrio histórico. Más allá del con-

flicto de las escuelas y de las tesis, Tarde dice luminosamente de la simultaneidad de la influencia física con el factor moral en la elaboración definitiva de la historia.

Con la excepción, acaso, de Gil Fortoul, de Andara y de Arcaya, quienes por la orientación peculiar de su espíritu se inclinan al concepto positivista de Compte, la totalidad de la literatura histórica que estoy estudiando puede clasificarse de emersoniana y herolátrica. La colosal estatura de los caudillos de la independencia explica y justifica suficientemente esa suerte de fanatismo por las glorias épicas, que inspira, en la literatura, páginas brillantes y concita con la vida pública, revoluciones sangrientas; que exalta el caudillaje é intensifica la fascinación de los hombres de presa, con la reviviscencia del culto á la Deidad de los escitas: la espada. De ahí también el desconocimiento de la vasta obra del esfuerzo anónimo, de la eternal creación del obrero colectivo, de la colaboración del pueblo en los movimientos sociales, de la acción de presencia su-

prema del *demos* en la historia. «Imposible es, dice Arcaya, concebir en Venezuela la existencia de partidos políticos que no concluyan por hacerse personalistas de un caudillo.» Así, para la historia venezolana la Revolución es Miranda, la Independencia, Bolívar y Bolívar la libertad: la patria chica Páez, Falcón el federalismo, Guzmán Blanco la prosperidad material, etc., etc., etc. El esfuerzo de toda una nación, en laborar de centurias ó en una hora de férvida virtud constructiva, desaparece ante la figura del hombre representativo que surge, ante la ingenuidad de las multitudes, con la estatura integral de la pirámide que él no levantó y de la cual ocupa sólo el vértice bañado por todo el sol de la fortuna, de la gloria y del poder.

Surge en este punto y con fuerza coercitiva solicita mi espíritu la comparación entre las formas generales de la mentalidad colombiana con la vuestra, según las diferencias geográficas y etnográficas de que hablé antes y que han trazado tan distinta orientación á nuestra historia que «es

la política del pasado y á nuestra política, que es la historia del presente», y que, en el campo especialísimo que ahora exploro, dan tan diferente intensidad y sentido á nuestra literatura histórica. Placeríame investigar el por qué del predominio del civilismo en Colombia en contraposición al militarismo de Venezuela, el por qué aquí se ha ido á la guerra civil y á la porfía política por caudillos y allá por principios ó á lo menos por partidos; el por qué aquí el fanatismo por los hombres y allá la superstición de los nombres; el por qué el problema religioso que no existe en Venezuela, aparece á cada momento perturbador é inquietante, en la patria de Santander, propagandista de Tracy y Benthan, y de Nariño, discípulo de los enciclopedistas; el por qué, en fin, de la pobreza de nuestra literatura histórica y la sobriedad que desde Restrepo hasta el actual joven escritor José Joaquín Guerra, la caracterizan en contraposición con la suntuosa frondosidad de la vuestra. Apartaríame así, empero, del tema de estas palabras en las que tan sólo he aspirado

á reseñar con mal regida mano y hacer justicia con límpida intención á un esfuerzo intelectual grande y plausible que demostrando está cómo la cuna de Bolívar merece también ser la de Bello: que el hacer la historia es poderosa surgente de inspiración para escribirla, que Baralt complementa entre vosotros á Sucre y á Urdaneta, que en el espíritu de Juan Vicente González arde un fuego de combatividad no menos devorante que el que movió la espada del vencedor en La Victoria y que la trompa resonante de Blanco es digna de la épica lanza de Páez.

El culto á vuestros héroes—y repito que esa es la síntesis suprema de vuestra literatura histórica, en la objetivación más relevante y la más positiva forma de la religión de la Patria; ellos lo fueron para crearla y la crearon porque lo fueron; así, para los propósitos de la ejemplaridad y de la rememoración, el Libertador y la Nación libertada, por ejemplo, se confunden en la identidad de una misma altísima concepción moral. Exaltarlos es exaltar la Patria misma,

reencender sus adormidas potencias, estimular sus latentes energías con una reacción de altivez y de vida. Andrés Bello, vuestro gran poeta, nos dice hermosamente de esa constelación tropical, la Cruz del Sur, que él contemplaba bajo una palma en las llanuras del Aragua, ardiendo en la bóveda nocturna como una señal al caminante errabundo por la espaciosa soledad. Así de la constelación de vuestros grandes hombres, siempre visible en el horizonte nacional, fanal inextinguible que alumbra y guía la marcha ascensional de un pueblo, como un inmenso crucero de luz.

He dicho.

HOSTOS

—

Conferencia leída en el Paraninfo de la Universidad de Caracas para la Asociación de Estudiantes de Venezuela.

Iustitiam, Dilexit, Veritatem, Coluit.

(Inscripción para la tumba de Hostos)

———

Señores:

ANTE mí se abre un libro, irradia un pensamiento su halo de serena luz, esculpe la nitidez de su relieve un carácter y afirma su apostolado de bién y de verdad una vida, que subyugando están mi espíritu con la

virtud y el milagro de su fascinación. Patentizar ese apostolado, exaltaros ese carácter y deciros de esa labor de ideas, paréceme materia digna de esta noble asociación de jóvenes estudiantes en donde levanta el ideal su exultante canción de primavera y tema alto al nivel del honor que se me discierne con vuestra excitación á hablar y con vuestra benevolencia para escuchar. Demás de eso, el Director espiritual, escultor de conciencias libres de quien aspiro á hacer fugaz memoria aquí, tiene para vosotros la vinculación y el interés de su larga convivencia con vuestros maestros y amigos en este hogar venezolano, en donde él formó el suyo y en donde también, con la sugestión del ambiente que dió propicia vida á la mentalidad de un Miranda, de un Bolívar, de un Bello y de un Vargas, aquilató en su alma el doble culto de la libertad y de la justicia, de la revolución y del derecho, del arte de formar pueblos y de la inspiración de modelar espíritus. Quiero hablaros del sentido supremo y de la intensa actuación educacionista del

pensador hispano americano Don Eugenio María de Hostos. (1)

Al dirigirme á los jóvenes intelec-

---

(1) Don Eugenio M. de Hostos nació en Mayagüez, Isla de Puerto Rico, en 1839. Estudió en las Universidades españolas de Bilbao y Madrid con singular provecho, y luégo se consagró á un activo trabajo periodístico y de actuación personal en pro del implantamiento de la forma republicana en España. Cuando cayó la República Española con Castelar, encaminó Hostos sus esfuerzos en el sentido de la independencia de Cuba y Puerto Rico con propaganda valerosa é incansable, en Madrid, en París y en Nueva York. Con ese mismo objetivo trasladó su residencia á Lima y á Santiago de Chile en donde adquirió gran reputación como escritor, educacionista y publicista: gestiones relacionadas con la independencia de Cuba y de su propaganda le trajeron á Venezuela en 1876 instado, según parece, por su antiguo amigo el General Pedro Arismendi Brito á quien había conocido cuando fué Arismendi á Nueva York, en 1870 á ofrecer sus servicios á la libertad de Cuba. En Caracas contrajo matrimonio con una señorita hija del patriota habanero Doctor Carlos Filipo de Ayala y en el colegio del señor Soteldo, de esta ciudad, inició el eminente Magisterio educacionista que continuó luégo durante el resto de su vida y que ha perpetuado en sus libros. Fijó por fin y definitivamente su residencia en la República Dominicana, que puede considerarse como su patria adoptiva, patria que lo acogió generosa en vida y lo ha honrado, honrándose á sí misma, en muerte. Falleció en agosto de 1903. Las obras principales del señor Hostos son: *La Peregrinación de Bayoan*, novela-poema, político social, *La Moral Social*, *La Sociología*, *Estudios de Sociología americana*, *Tratado de Lógica*, *El Derecho Constitucional*, *La Geografía Evolutiva*, *Historia de la Pedagogía* é innumerables trabajos sobre Derecho, Ciencias, política, educación, historia y Crítica literaria, y por último, un magistral estudio sobre *Hamlet*. Debo á la galantería del ilustrado gobierno dominicano, por conducto de su digno Cónsul General en Caracas, Doctor David Ricardo (pariente de su homónimo el grande economista inglés,) el valiosísimo obsequio de las obras de Hostos.

tuales de esta tierra de heroicas tradiciones, debo escoger un caudillo intelectual que sea al propio tiempo un héroe moral y lo busco fuera de mi patria y fuera de la vuestra, para que mis palabras exaltadoras sean insospechables de motivo menos puro que el culto desinteresado de las ideas.

Las ondas migratorias europeas que desde las postrimerías del siglo XV con los fieros hombres de presa que las carabelas aventureras arrojaban «como un vuelo de gerifaltes», que dice Heredia, sobre la tierra primitiva, hasta el hacinamiento de emigrantes que los trasatlánticos modernos van depositando —lento aluvión de pueblos—en la rada fluminense ó en el estuario del Plata, han suscitado, al ocupar el suelo americano y desalojar el degenerado aborígen, una germinación de nacionalidades, gémulas de altas civilizaciones que ya principian su magnífica floración. Astures, castellanos, vascos y andaluces poblaron de blancos campanarios el valle recóndito, la intrincada selva, la arista de la cordillera, la abierta pampa y la orilla del mar; allí mezclándose en diversos grados hoy á razas de tipo in-

ferior, luégo á europeas de más avanzada evolución, pero siempre con predominio del elemento celtíbero, afirmaron en todo un continente, con mayor ó menor energía, su unidad política y religiosa y los rasgos relevantes de su etnografía. De ahí que, á fuero de su común origen, de su contigüidad en la misma delimitación geográfica, de su identidad de lengua y religión y de los paralelismos de su historia y de sus formas institucionales, aparezcan ante el resto del mundo los pueblos así formados, si no como un agregado político, sí como una inmensa unidad sociológica. Desparramado archipiélago de naciones, imperio esporádico sin cohesión política ni intercambio comercial, pero con innegables vinculaciones de orden más elevado y afinidades demográficas y mentales suficientes á justificar la comunidad de un nombre y la identidad de un destino histórico y de una conciencia colectiva: la conciencia, el nombre y el destino de la América Latina.

He dicho una conciencia colectiva y debo explicarme:

La comunidad de origen ha creado la afinidad de pensamiento; la convivencia

geográfica determina la comunidad de intereses y de peligros: la identidad institucional suscita el paralelismo de los destinos y de los ideales. Desde la época inmediatamente anterior á las guerras de independencia, unánime corriente de ideas ha entrado á la vasta circulación intelectual de Hispano América y tomado concresión en correlativas modelaciones de la política, de la filosofía, de la literatura. A la iniciación en el estudio de la filosofía cartesiana, en el conocimiento de Leibnitz, de Bacon, de las ideas de Beccaria, de Filanghieri, sigilosamente introducidas á las viejas universidades de anquilosado tipo salmantino de Lima, de México, de Quito, de Santa Fe, corresponden las primeras iniciativas revolucionarias: los intelectuales de la guerra leen á Rousseau y á los enciclopedistas. Para reaccionar contra la intrusión del caudillaje y la disociadora ignorancia de las masas, aquellos que, como Santander en Colombia, como Rivadavia en Buenos Aires, como Portales en Chile, como Rocafuerte en el Ecuador, tenían el instinto de la organización, asociaban á su fuerte labor administrativa una aten-

ta lectura de los utilitaristas ingleses y de los sensualistas del tipo de Condillac y Tracy: en un momento dado de nuestra vida de naciones Alberdi y Bello, como Azuero y Soto interpretan el pensamiento británico, y Sarmiento y Florentino González el latino. El liberalismo de Benjamín Constant y el doctrinarismo de Guizot luchan y se imponen á la vez en los remotos confines del continente, como predominará luégo, al propio tiempo, en México con Ocampo y Juárez, en Colombia con los dos Rojas, con Bilbao en Chile, con Vigil en el Perú, la doctrina laica y la reacción contra el catolicismo conservador. El positivismo comtiano y la filosofía de Spencer imprimen una nueva orientación á los espíritus, que coincide en todo el continente con el principio de la reacción, contra el radicalismo generoso y utópico del 48: Fouillée y Guyau y Bergson y William James y hasta el inmisericordioso Nietzsche despiertan eco profundo de simpatía y proselitismo simultáneamente en México y Buenos Aires, en Caracas y en Lima, en Bogotá y en Santiago. Las escuelas literarias, forma más visible aún del pensamiento colec-

tivo, acentúan con el ardor de sus combates y la ingenua fe de sus apostolados, la incuestionable unanimidad de ideales, de gusto, de criterio y de prejuicio en toda la América. Esta solidaridad intelectual que forma un elemento importante en la elaboración de la conciencia colectiva, me releva de otras pruebas y me autoriza á formular el postulado sociológico de su existencia. Si Henri Beranger afirma la personalidad moral de una nación: la Francia: si Sir Francis Galton, en sus prospectos de una nueva ciencia, la ciencia de las razas, la Eugénica, (*eugenics*) reconoce esa personalidad, no ya en una nación, sino en una raza esparcida por toda la faz del planeta, nosotros también podemos señalar el nexo que nos vincula, la personalidad moral que nos integra y la conciencia de esa personalidad. Esta alma común y solidaria, que no es la suma de las unidades parciales, sino algo superior y diferente á ellas, ha tenido exponentes genuinos que la interpretan, la exaltan y la hacen expansiva y fecunda. Hostos ha sido uno de las más altas voces de la con-

ciencia colectiva de Hispano América.

Lo fue al propio tiempo por los azares especiales de su existencia y por la formación general de su pensamiento: fue un ciudadano de la América latina y un profesor de hispano–americanismo. Acogido con igual calor y admiración en Santiago que en Caracas, en Santo Domingo que en Lima, su cosmopolitismo era una suerte de patriotismo continental, al que quiso agregar una vez á la España republicana cuando por ella luchó y en ella creía. Constituir la comparencia de los pueblos que hablan español bajo la égida de la República, y por el espontáneo y recíproco acercamiento de unidades independientes y soberanas para el mejor servicio de los eternos intereses de la raza; realizar como necesario peldaño inicial de esa ascensión la independencia de Cuba y Puerto–Rico, de tal suerte que el universal imperio de Carlos de Aubsburgo, transfigurado en su resurrección, glorioso y fuerte en su avatar democrático y republicano, conquistador del derecho y descubri-

dor de la Ciudad Futura, volviese á ver sobre su horizonte un sol sin ocaso. Hé ahí un espléndido sueño: entre tanto, los pensadores, como Hostos, capaces de concebirlo, hacen de toda la América su patria de elección y á ella consagran los alientos de su vida y la suprema flor de su espíritu. Las manifestaciones del pensamiento hispanoamericano encontraban en la mente del Maestro armónica vibración y por eso, bajo cualquier cielo, constituíase como por derecho propio en su propagandista y su vocero, haciendo conocer nombres y obras de escritores é intelectuales con ahinco tesonero y entusiástico como para conllevar con ellos la intensa labor de la educación para la libertad que fue el sentido de su obra y el mensaje de su vida.

No sé qué conmovedor interés me inspiran esos emigrados del ideal que llevan en su manto de caballeros errantes, polvo de ideas para aventarlo á lo largo de los caminos de la proscripción. A donde quiera que los lleva el viento de la fortuna, próspero ó adverso, asumen con fe superior á

todo abatimiento, lo que un compatriota mío ha llamado, con frase feliz, «el Consulado de las Ideas.» El venezolano Andrés Bello en Santiago de Chile, los colombianos García del Río en Londres, Florentino González en Buenos Aires, Ricardo Becerra en Caracas; el ecuatoriano Montalvo en Colombia y en Europa, los argentinos Miralla en Bogotá, Sarmiento y Mitre en Santiago, Varela en Montevideo, los cubanos Martí en Nueva York y Merchán en Bogotá; el portorriqueño Hostos en Santiago, en Lima, en Caracas y en Santo Domingo, para no citar sino á los muertos, fueron verdaderos varones consulares que bajo cielos extranjeros decían de una patria ideal de justicia y de una real patria de amor y confrontaban los grandes problemas sociales y políticos de que ambas son solidarias; fueron como los voceros de una aspiración continental hacia la unidad de acción, y la hermandad de vida internacional en los pueblos y en los gobiernos para apropiar á la civilización, las sociedades y al poderío legítimo, los Estados. La cátedra, el li-

bro y un periodismo serio, ilustrado y doctrinario los vehículos fueron de esta inmensa tarea educacionista y en ellos hizo Hostos una tan intensamente comprensiva del moderno espíritu científico, tan firmemente asentada en cimientos filosóficos, tan plena de intuiciones luminosas, tan fundamental en sus propósitos, de tánta finalidad en sus resultados y de tal manera ennoblecida por los más puros elementos éticos y estéticos, que justifica el irrecusable prestigio que su originalidad intelectual despierta en la América que piensa y sembrando está para el porvenir.

Hay, en el sacerdocio laico de las ideas una figura austera y grande con la cual tiene el señor Hostos relevantes afinidades mentales y extrañas similitudes de carácter y de destino: José Mazzini, el apóstol y mártir de la Unidad de Italia sobre la base de la República. Igual amplitud de comprensión política que, con el vuelo de la inducción, concibe las fusiones de Estados para formar la nacionalidad y la unidad de nacionalidades en un cosmopolitismo universal, hogar de una humanidad

mejor redimida por la justicia y dignificada por la libertad. Igual formación mental que sustenta las cimas generalizadoras de la filosofía sobre los sillares de una fuerte educación literaria. Lo que se ha llamado literatura de Ideas—no en el sentido de la categórica distinción que de ella hacen Camile Mauclair y Paul Adam como término opuesto á la literatura de sentimiento sino en el de elemento estético en la obra trascendental—tiene en Mazzini como en Hostos dos representantes genuinos. Bastaría recordar el estudio del primero, *Opere minori di Dante* y el admirable análisis del segundo, *Hamlet*, para comprender la altura y la fuerza que un artista del pensamiento puede alcanzar en servicio de un principio. Identifica igualmente á los dos pensadores la constante preocupación del concepto moral en la actuación política, de la virtualidad esencial del deber en la función del sér social y anticipándose instintivamente á Guyau, la concepción del sociomorfismo en el Estado, en la vida y en el arte: *La Moral Social* de Hostos es el com-

plemento necesario, de los *Deberes del Hombre* de Mazzini, en donde el hispano americano aporta á la misma finalidad ética todas las ideas y todas las conclusiones de una ciencia en formación que Mazzini no alcanzó á conocer. Resalta, por último, para acentuar el paralelismo de estos dos espíritus y de estas dos vidas, la semejanza de sus destinos y de sus caracteres. Apóstoles de una generosa utopia política, ascendían, pensierosos como Dante, los peldaños de la escalera ajena, llevando, bajo remotos cielos, el doble culto del Ideal y de la Patria: conscientes de la austeridad de su misión, del áspero destino de sus existencias: en los labios el pliegue doloroso que imprimen las zozobras de una lucha superior: serena la frente aunque abrumada por el mal de pensar: siempre firme, aunque á las veces transido el corazón. Viandantes superiores á toda fatiga y á todo abatimiento, á las perfidias del señuelo, al clamoroso llamamiento del halago de una fácil victoria: caracteres en que la hermética severidad de la moral no entibiaba las

más cálidas emanaciones de simpatía cordial y de generosidad intelectual ni llegó á extirpar la fibra del humanitarismo ni á aridecer el silencioso efluvio de la piedad: almas visionarias de ideal y aquilatadas por la renunciación. Sobre la tumba de uno y otro, el veredicto incorruptible de la posteridad sanciona la inscripción ideada para la humilde losa del pensador antillano, que es tambien el comprensivo lema de su mentalidad:

Iustitiam, *Dilexit*, *Veritatem*, *Coluit*.

Acerquémonos al edificio de su originalidad de pensador.

Ignoro si el conjunto apodíptico y armonioso de las obras del señor Hostos—desde el fugaz artículo de la prensa diaria hasta la entidad de su concepción sociológica ó de su minucioso libro expositivo—fue la feliz ejecución de un plan completo, la exposición de un concepto intelectual absolutamente definido y predeterminado: aun cuando no desconozco la cronología de su multiforme producción (fue uno de los publicistas más fecundos de la América), ignoro también si el orden de publicidad de sus

obras obedeció, más que á prelativas razones de ideología, á motivos meramente de oportunidad y circunstancias, pero es lo cierto que la concepción hostosiana constituye por la euritmia de sus partes, como la grande síntesis de Herbert Spencer, una admirable unidad filosófica que arranca de la cúspide misma en donde culminó la portentosa fábrica del Aristóteles inglés: la Sociología. El *Tratado de Sociología*, los estudios históricos y políticos de aplicaciones sociológicas: la *Geografía Evolutiva*, la *Lógica*, el *Derecho Constitucional*, el *Derecho Penal*, los estudios de Derecho público externo, de *Historia de la Pedagogía* y planes y métodos de reforma educacionista, con todo el rico acervo de estudios colaterales y adventicios sobre crítica literaria, biografía é historia, constituyen la mayestática homogeneidad de una gran montaña. Para coronarla, el artista inspiró al sabio y sobre la montaña erigió una columna de inmaculado mármol estatuario: el libro sobre *Hamlet*.

La Sociología, bien lo sabéis, no

pudo reclamar su categoría científica sino cuando esa otra ciencia que la implica, la Historia, pasó de narrativa á hacerse crítica y de crítica á hacerse filosófica. La filosofía de la historia afirmó la existencia del sér social, la realidad de la vida colectiva del agregado humano en función en la historia y en la política; patente ya con naturaleza vívida, característica y propia la existencia de un orden superior en la vida de la humanidad, apareció la necesidad de descubrir y estudiar las leyes invariables en que se funda ese orden. Por eso la sociología, implícita é intuitiva en los legisladores y filósofos antiguos que concibieron y aplicaron las ideas generales de organización social, principia á esbozar sus vagos lineamientos en la obra de algunos pensadores, vanguardia profética de una ciencia aún no fundada: Vico, creador del sistema de la historia, Herder, del de la filosofía histórica, Montesquieu, Condorcet, Gibbon y el desconocido autor de la *Mecánica social;* entonces y con ellos hay ya sociólogos, pero aún no hay Sociología. La Ciencia Social, presentida por

Quinet, bautizada *Sociología* por Comte, sistematizada por Spencer, adquiere al fin su inmenso desarrollo en los trabajos múltiples y de tan diversa entidad y desigual mérito de Le Bon, de Letourneau, de la obra póstuma de Reclus, de las concepciones de Guyau y Fouillée, de Taine y de Tarde; de la escuela positivista inglesa desde Buckle hasta Grant Allen, de Novicow, de los estudios de Greef, de Roberty, de Shaffe, de Lilienfield, de la escuela italiana y de las inducciones de Benjamin Kidd, de los trabajos de Posada, de Sales y Ferré, de Giner de los Ríos, de Cornejo, de Hostos; ciencia que con Bastian, con Lazarus y con Wundt, ve en toda evolución social una derivación de la Psicología colectiva; que estudia, con Gumplowitz la eficacia civilizadora de la lucha y muestra, con Lippert, la irrecusable acción civilizadora mayor de la paz; que revive, con Fustel de Coulanges la ciudad antigua, y regula, con Izoulet, la ciudad moderna; ciencia en perpetuo *devenir*, cuyo progreso según las observaciones de Dubois Raymond, nos autoriza á concebir que

en sus arcanas inducciones pueda un día predecir una revolución como hoy se predice un eclipse; la vuelta de un régimen político como el regreso de un cometa; la formación de una nacionalidad como la de una capa geológica, hasta que una inteligencia superior «pueda leer en sus ecuaciones el día preciso en que la cruz griega vuelva á erguirse sobre la cúpula de Santa Sofía ó en que Inglaterra queme su último pedazo de carbón».

La concepción sociológica de Hostos es de una originalidad poderosa; el pequeño libro en que la expone, escrito con exclusivo propósito pedagógico, es tan intenso, que cada página sugiere y comporta un desarrollo de volúmenes; tiene además para nosotros el interés de su vigilante finalidad hispano americana. Es, como todos los otros libros de su autor, una obra de ciencia sumada á una obra de patriotismo, «una virtualidad que tiende á la acción.» Conforme á este pensador los órganos sociológicos son el individuo, que es para él y no la familia, como para Bourget y su escuela, la célula social, la familia, principio

de agregado, el Municipio, la Región, la Nación y la Humanidad: las etapas evolutivas, la tribu (no menciona la horda, eslabón previo que tan bien ha estudiado el sociólogo colombiano Camacho Roldán), el *gens*, la ciudad, el Estado nacional y el Estado internacional: los ciclos ó edades sociológicas: el salvajismo, la barbarie, la semibarbarie, la semicivilización, la civilización. Pero su originalidad está en la concepción de las siete leyes naturales de la sociedad: las dos generales de la sociabilidad y de los medios (materia de la mesología) y las cinco funcionales: Ley del trabajo, Ley de la Libertad, Ley del Progreso, Ley de la Conservación y Ley de la Civilización ó Ley del Ideal, y en su postulado de las capacidades en actuación implicadas en la misma existencia de la sociedad y de las latentes ó potenciales que corresponden á lo que la sociedad ha realizado ya ó puede realizar en lo porvenir: la prosperidad relativa, por medio de su potencia económica; la libertad relativa, por medio de su potencia jurídica; la perfección relativa, por medio de su poten-

cia educadora y el bién relativo, por medio de su potencia moral.

El desarrollo progresivo del mundo inorgánico, del orgánico y del superorgánico, que es mecánico y geométrico en el mineral, mecánico y biológico en la planta, biológico y sistemático en el animal y omnímodamente funcional en el agregado superorgánico, implica también la fatalidad de la evolución recurrente y de la declinación. La sociedad, como todo organismo, está sujeta á influencias mórbidas que perturban su desarrollo, la paralizan y la matan. El actual sistema social de Hispano América es vicioso y enfermizo y ante él se precisan, netos y formidables, los dos términos de un dilema definitivo: «civilización ó muerte.» Estudiar las causas de esa condición y la posibilidad de su remedio es el objeto de la parte de la Sociología que Hostos llama Sociopatía y que yo quisiera que se gravase en el cerebro de todo hispanoamericano como una admonición severa y más que eso como la óptima posibilidad de nuestra rehabilitación. Es lástima, en verdad, que el autor no hubiese dado al estudio del

«militarismo» y del «revolucionismo» dolencias que señala como un estigma en las organizaciones enfermas de hispanoamérica, siquiera la extensión que dió á su acerado análisis del «politiqueo,» la otra gravísima dolencia en cuyo estudio se advierten, al través de la sobriedad de la exposición científica, la indignación del apóstol, la tristeza del pensador y el dolor del patriota.

El estudio de las ciencias sociales no tendría, para Hostos, una verdadera finalidad positiva ni un resultado práctico evidente, sin su aplicación á los principios que determinan la organización de los Estados, como natural derivado de las condiciones esenciales del sér colectivo. A los estudios sociológicos siguen, pues, en la concepción positivista hostosiana, los de Derecho constitucional y administrativo, penal é internacional. Caracterízalos la novedad, la amplitud del criterio filosófico, la seguridad de la inducción, la potencia de generalización y la variedad y reconditez de las informaciones; campea sobre todo su indiscutible originalidad en los tópicos relativos á la distribución de la soberanía, á las funciones del poder y á la organiza-

ción de la capacidad cívica electoral. Las semicivilizaciones, á cuyo tipo pertenecen casi todos los pueblos modernos, pues ninguno ha alcanzado á ver la simultánea, armónica y perfecta floración del industrialismo, del intelectualismo y del moralismo cuya suma culminante sería la civilización ó ideal sociológico, no han pasado aún, especialmente en la América hispana, de lo que Maeterlinck llama «la edad de las generaciones sacrificadas». Sacrificadas por su neurosismo político al Moloch, ebrio de sangre, de la guerra civil; por su deficiencia de educación y de su potencia económica al estancamiento y á la depresión y por la relajación de su potencia jurídica al histerismo anárquico ó á las pavuras del caudillaje, de la tiranía criolla, de todas las formas del absolutismo. Dos remedios hay para ese mal, dos caminos para salvar ese vórtice: la remodelación del alma pávida ó impulsión de las multitudes por una educación sistemática, vigorosa, incansable: la escultura del pensamiento colectivo por el perseverante cincel de la voluntad pedagógica, por la inculcación firme del doble y correlativo concepto del dere-

cho social y del deber ciudadano. Esa la obra de los educadores del tipo de Vargas, de Ocampo, de Pinzón Warlosten, de Sanabria, de Sarmiento, de Hostos; para hablar el lenguaje de Carlyle, del Héroe como educador. Cuando el mal se agrava, cuando la conciencia colectiva se esfuma en evanescentes penumbras, cuando el resorte moral de un pueblo se ha dislocado al punto de ser ya imposible la salvación por el esfuerzo común y la misión docente, entonces viene la reacción del Estado contra la sociedad: es decir del núcleo de acerados cerebros que representan lo que queda de razón y de conciencia pública, que asume la imposición coactiva de esa razón y de esa conciencia sobre la soporosa bruma de la estulticia general ó sobre el hervor tumultuario del extravío colectivo ó los espasmos de la pasión insana. Si eso no es posible, si en ese agregado informe que fue un pueblo no ha sobrevivido un grupo de elección, una conciencia solitaria, viene el «tirano providencial» ó todo ha concluido. De los dos términos del dilema ineluctable, *civilización ó muerte*, sólo queda el segundo: la his-

toria ha visto el naufragio irremediable de una nacionalidad.

Pero en las manos del señor Hostos no se rompen los irisados prismas del optimismo. Su severa concepción científica que dice del mal y del estigma, se abre al cabo en el florecimiento apologético á la virtud rehabilitadora del esfuerzo, de la verdad y de la justicia, igual que la rígida estria de la columna dórica culmina en decorados frisos y florecidos acantos. En la *Moral social*, libro en el cual la rígida estructura científica de la sociología y del Derecho se esparce en brillantes generalizaciones y cláusulas de insuperable elocuencia, se investigan la cantidad de bién ya realizado y los medios del bién por realizar, convirtiendo, según fórmula intensa, *los deberes en costumbres* y aumentando el exponente de la dignidad humana hasta hacer en lo individual y en lo colectivo, al hombre digno de la vida y á la vida digna del hombre. Tal el postulado que como una hoguera encendida en la cumbre de una montaña esplende de la moral hostosiana hasta los más remotos horizontes de obscuridad.

Los pueblos hispano americanos, para los cuales cinceló Hostos los mármoles de su templo indestructible, han condensado en un siglo de vida varios siglos de historia: la parábola de su conturbada existencia se abre hoy sobre perspectivas indefinidas. Todo lo hemos ensayado en cien años: si la unidad sociológica de la América y en especial de nuestra madre colombiana se ha patentizado en unánimes corrientes intelectuales, muéstrase también en la identidad de la prueba, del infortunio y del esfuerzo. Revolución de independencia, oscilaciones turbulentas de centralismo y federación, simas de la anarquía, vórtices del despotismo neroniano, generosos ensueños del radicalismo, reacciones de la autoridad, barbarie de la guerra civil, dislocación de la potencia jurídica, que ha suscitado el abuso de arriba y el histerismo de la reacción de abajo: la inseguridad y las revoluciones; flacidez de la potencia económica que nos ha debilitado y empobrecido haciéndonos blando plasmo á todas las expoliaciones. Hemos ascendido á todos

esos calvarios y descendido á esos valles de lágrimas y desolación, pero á pesar de todo y sobre todo, la balanza en que la eterna Equidad pondera y califica hombres y pueblos nos ha puesto en su platillo y no hemos sido hallados faltos.

En el más perfecto de sus estudios literarios nos muestra Hostos al penseroso héroe de la más grande creación shakespeariana en el momento agónico de su revolución moral, cuando la conciencia no ha elaborado aún su armonía ni encadenado en su órbita precisa las turbulentas fuerzas psicológicas que agitan su razón y vierte, en el insondable monólogo de la duda...«ser ó no ser...» las zozobras y la trágica anarquía de su espíritu. Nos muestra, digo, la tenebrosa disención entre todas las potencias morales de Hamlet y agrega: «En toda revolución, igual momento. Cuando las sociedades atormentadas de Colón rompieron para siempre la cadena que había durante tres siglos embargado el movimiento de su vida, se hallaron lanzados al vacío, se asustaron; se encontraron en la anarquía

y se aterraron. Cuando Jesús meditó definitivamente el problema de la transformación de la humanidad, sudó sangre y exclamó dirigiendo su voz al infinito: *Pater! si possibile est transeat á me calix iste!* Hubo una luz, la de su sacrosanta conciencia para el Cristo: bebió en ella la fe de su sublime obra, y la acabó. Hubo una luz, la del progreso, para los pueblos de Colón: bebieron en ella la fe de su porvenir, y continuaron.»

El mensaje de Hostos es, en definitiva, una afirmación. La posibilidad de remodelación de los agregados políticos hispanoamericanos por medio de una fuerte y sistemática actuación educadora que arranque en el estudio comprensivo de su geografía evolutiva, de su sociología, de su historia, de su derecho privado, de su potencia jurídica, de su potencia económica, de su política, de sus necesidades y vinculaciones internacionales y culmine en la moral colectiva, en la correlación inmutable de los derechos y de los deberes públicos como sociedades y como pueblos; la posibilidad, pues,

de su cumplimiento de la Ley del ideal ó de la civilización en la perfecta euritmia y omnilateral concurrencia de sus tres caracteres esenciales: el industrialismo, el intelectualismo y el moralismo. Hostos, á quien pudiera por el sentido, por la magnitud de su edificio intelectual llamarse el Herbert Spencer de la América hispana, no se limitó al apostolado pedagógico ni á la especulación científica y filosófica; para dar á su alto cometido docente la sanción del hecho y el estímulo de la ejemplaridad, laboró por la República en España, por la Independencia en las Antillas, por la prosperidad material en el Perú y en Chile, por la reforma del método educacionista público y privado en Lima, en Santiago y en Caracas: por la fundación de la educación científica en Santo Domingo: por la libertad y la unidad en toda la América: por la libertad, el arte, el derecho, la ciencia, la civilización, en fin, en todo el orbe español.

Los pueblos colombianos han tenido su hora trágica de la agonía de Gethsemani, de la duda hamlética, del abati-

miento y del sudor de sangre y esa hora ha durado cien años: empero, la estrella que preside sus destinos fulge ya sobre entreabiertas rosas de aurora. Al heroísmo de la acción que nos dió independencia como Estados, se congrega, en el ara de las adoraciones nacionales, el heroísmo del pensamiento que afirma nuestra dignidad como pueblos. Es bien, pues, que al héroe representativo, Soldado y Libertador, hermanemos para los propósitos de la justicia y la rememoración, el héroe representativo, Pensador y Educador: al arquitecto de naciones, el escultor de espíritus....No hay que olvidar que Carlyle y Emerson nivelaron en su Panteón de superhombres á Mahoma, á Napoleón y á Cromwell con Platón, con Dante, con Shakespeare, con Johnson y con Goethe. En el apostolado de las ideas, Hostos, es en nuestro mundo americano, una cumbre: su vida como Pensador y como propagador tiene la tersura, la resistencia y la unidad de un mármol pentélico; cumbre es por la triple aptitud mental, moral y funcional y por la triple excelsitud de la razón, de la intención y de la misión: por la potencialidad de su

obra y por su finalidad. La iniciativa genial que hace comparecer al llamamiento de Bolívar una constelación de pueblos libres, esplende en otra mentalidad diversamente orientada y suscita á la voz del Maestro una constelación de espíritus libres. Bolívar hace de toda la América el ara en donde encumbra la llamarada de su genio y se forja una patria continental: el Pensador cosmopolita de la América, levanta una cátedra que tiene por términos de resonancia las aulas de Buenos Aires y Santiago y los paraninfos de la Habana y Santo Domingo y hace de la América Latina una vasta Patria moral. Yo presento esos dos Hombres–Síntesis—conciencia política el uno y conciencia moral el otro de un continente—esos dos Profesores de salvadora energía que condensan en su obra y en su vida el concepto de la solidaridad hispano–americana en sus formas más altas, á la juventud universitaria de Venezuela que me escucha, como quisiera presentarlos á la de mi Patria colombiana y á la de toda la gran Patria hispánica. Los presento á esa fuerza nueva que está elaborando el porvenir y lleva, en el Desierto, los penates de la

América; á esa teoría del ideal á cuya marcha se abre la postrimera etapa de la peregrinación de un siglo; los presento como dos columnas de fuego en ese desierto de la desconfianza y de la prueba que, según dice hermosamente Santiago Pérez, se extiende siempre delante de toda tierra de promisión!

He dicho.

APÉNDICE

DISCURSO DE CONTESTACION

DE

D. ANTONIO GOMEZ RESTREPO

al Discurso de recepción de D. Carlos Arturo Torres en la Academia Colombiana de la Lengua.

Señores académicos:

CON sincero agrado me levanto á dar la bienvenida en nombre de la Academia Colombiana á mi antiguo amigo el eminente poeta y publicista D. Carlos Arturo Torres, quien llega el primero á cubrir la fila, en que la muerte ha ido dejando tántos irreparables vacíos. Al hacer esta elección la Academia ha procurado mostrarse fiel al amplio espíritu

de concordia que exhibió desde su fundación, cuando al lado de Manuel María Mallarino y de Sergio Arboleda, hizo sentar á Santiago Pérez y á Felipe Zapata. Se ha acusado más de una vez á las Academias de obedecer á un criterio exclusivista é intransigente en la elección de sus individuos; y esta acusación es injusta respecto de la Academia Española y de sus correspondientes americanas, pues tanto en aquélla como en éstas han figurado y siguen figurando hombres de diverso credo y de opuesta filiación política; y á los cuales une un solo pero fortísimo lazo: el amor á las letras, el cultivo cuidadoso y atento de la lengua castellana.

Viene á ocupar el señor Torres el sillón que honró D. Santiago Pérez, uno de los hombres de inteligencia más eximia y de conocimientos más varios y profundos que ha tenido Colombia. Su actividad intelectual se ejercitó en campos muy diversos; y en el de la política llegó él á los honores supremos y ciñó á su pecho la banda de los Presidentes de la República. Pero su recuerdo vive en

esta Academia, no por esa circunstancia, ni por sus actos como hombre público; sino por los triunfos que obtuvo en el campo del arte cada vez que tomó la pluma del escritor ó pulsó la lira del poeta. Las pocas ocasiones en que venció su repugnancia á exhibirse como literato, produjo páginas que deben considerarse como clásicas en nuestra literatura, porque en ellas mostró el admirable equilibrio de sus facultades; la alteza de su inteligencia; la gracia de su imaginación; la sobriedad y proporción de sus concepciones; la pulcritud irreprochable de su estilo. En medio de la sencillez señorial de las cláulas, adquieren más fulgente esplendor las imágenes nuevas, las frases magníficas, que sin esfuerzo brotaban de la pluma de oro del maestro.

Pocas veces vi á D. Santiago Pérez. Una de ellas fue en la sesión solemne que celebró el Ateneo en el vecino Salón de Grados, el 24 de julio de 1884. Era yo un niño; pero aún guardo vivo el recuerdo de aquella fiesta. Presidían la corporación D. José Joaquín Ortiz y D. Santia-

go Pérez, altas glorias de los dos partidos tradicionales. El viejo cantor de la patria, descendió del solio y leyó uno de esos cantos á Bolívar, que él solo sabía escribir, porque para producir otros iguales no basta el genio poético; siempre faltaría ese aroma de los tiempos heroicos que Ortiz conservó intacto en su alma hasta el extremo de su vejez, y que cuando se derramaba de aquel pomo incorruptible para perfumar los versos del poeta, causaba dulce embriaguez patriótica en el auditorio. Luego irguió su procera figura D. Sergio Arboleda, y leyó, grave y mesurado, un estudio de profunda filosofía política.

Y por último, D. Santiago Pérez desató el torrente armonioso de su palabra; y dando á la voz las más suaves inflexiones, el timbre más simpático y persuasivo, pronunció un discurso que parece un diamante de aguas purísimas en que juegan libremente los rayos de luz, y que un diestro orfebre hubiera montado en el cerco de oro de un lenguaje perfecto. ¡Qué grandes triunfos eran esos;

y qué hombres tan insignes los alcanzaban! Los tres oradores de esa solemnidad fueron miembros de esta Academia y se sentaron aquí, al lado de otros varones no menos preclaros. Cuando pienso en esto; cuando repito mentalmente la lista de la antigua Academia, tengo que hacer un acto de humildad para ocupar el sillón que me tocó en suerte. Yo siento—y creo que mis compañeros jóvenes comparten, aunque con menos motivo, esta misma impresión—lo que puede sentir el heredero casual de una casa solariega, cuando contempla en la panoplia la férrea armadura de un viejo infanzón, y piensa que esos arreos eran llevados fácil y alegremente por su antiguo dueño y harían crujir los huesos de su flamante poseedor.

Por lo que se refiere al caso presente, creo con toda sinceridad que el señor Pérez mismo, si levantara la cabeza, vería con satisfacción que su silla académica fuera ocupada por un escritor que guarda con él grande analogía de principios políticos; y que, pisando apenas los umbrales de edad

madura, ha ilustrado su nombre en el continente americano y aun en España con trabajos de poeta y de pensador, dignos de alto encomio, y que permiten predecir la riqueza de la futura cosecha, madurada por el sol de más larga experiencia.

El nuevo académico, en el bello discurso que acabáis de oír, hace la apología de la «literatura de ideas,» que es aquella á cuyo cultivo ha consagrado todas las energías de su mente. Porque no es él uno de esos rimadores frívolos é insuntaciales que se enamoran de la pompa sonora de las palabras y dejan que en la abundancia de ellas, naufrague el pensamiento. Torres ha cultivado la poesía con respeto, y cuando ha tomado en sus manos el arpa simbólica, la ha coronado de rosas, como hace el amante con el objeto de su culto. Si revestido con la enseña del trovador, ha tomado actitudes de combatiente, no ha sido para lidiar en el campo polvoriento de los intereses materiales, sino en la región elevada donde se pelea por un ideal y dondelas armas, al chocar, lanzan destellos de luz.

No pretende Torres, al ponderar la importancia de la idea en el arte, resucitar la antigua poesía didáctica, esa que daba reglas técnicas de una ciencia ó un arte, y hacía á la poesía tributaria de la utilidad. Si en Grecia y Roma, en manos de poetas que estaban dotados de una imaginación tan plástica y poderosa que les permitía convertir en materia poética abstrusas teorías filosóficas, como en Lucrecio, ó humildes lecciones agronómicas, como en Virgilio, pudo vencer, hasta cierto punto, las dificultades de su carácter mixto; en los tiempos actuales, su cultivo conduciría á un completo fracaso. El rigor con que se han organizado las ciencias, la precisión de su tecnicismo, la profundidad de los procedimientos de análisis, y hasta el exotismo de un vocabulario forjado en países de lenguas extrañas, que llevan el cetro de estos estudios, todo esto constituiría un obstáculo invencible para quien quisiera escribir hoy un poema como el «Hermes,» que esbozó Chénier. Pero hay una poesía que no busca la enseñanza directa, sino que se im-

pregna de las ideas que conmueven la atmósfera intelectual y las transforma en imágenes, como las plantas convierten en límpidas gotas de rocío las emanaciones nocturnas de la tierra. Esta poesía sólo podría llamarse didáctica en un sentido mucho más alto y sublime, porque sus enseñanzas son como las del vidente, como las del profeta, como las de los grandes maestros y educadores de pueblos. Esa poesía ha tenido cultivadores inmortales desde los tiempos remotos de Píndaro, David é Isaías hasta los de Schiller y Manzoni.

¿Quién removió más hondamente las ideas de su tiempo desde la esfera teológica hasta la política; quién dio formas más concretas á los problemas que agitaban las conciencias de su época; quién hizo pensar y sentir á sus contemporáneos con energía más intensa, que el vate formidable de la DIVINA COMEDIA? Y los creadores de SEGISMUNDO y de HAMLET ¿no se levantan ahí como hitos terminales que señalan el esfuerzo extremo que ha logrado hacer la imaginación humana para encarnar en

la historia de un personaje el problema enigmático de la vida?

En la literatura española hay dos maestros de la poesía filosófica y social, á quienes el señor Torres rinde en su discurso merecido homenaje: son Quintana y Núñez de Arce. En los últimos tiempos de exageración de la escuela decadente, ha sido moda entre los partidarios de los nuevos procedimientos artísticos, el afectar desdén por estos poetas, que dieron las notas más altas del lirismo español en las postrimerías de los siglos XVIII y XIX, respectivamente. Pero esta preterición injusta no hará descender un punto del lugar culminante que ocupan, á estos dos egregios artífices de la lengua castellana, que dieron al período poético una rotundidad y una arrogancia desusadas. Quizá ningún poeta europeo de la centuria décimaoctava, emuló á Quintana en el arranque y brío con que cantó el imperio de la razón, el triunfo de la ciencia, el filosofismo humanitario, todo aquello en que creyó, ó con que soñó la generación educada en las páginas de la ENCI-

CLOPEDIA. Poesía monocorde, ajena á los sentimientos blandos y suaves, pero grande en su austeridad, y sublime cuando la inspiración patriótica pasa por sus recias estrofas, haciéndolas resonar como bosque de encinas sagradas, sacudidas por la tempestad. Núñez de Arce es más humano, está más próximo á nosotros. Sus versos cuentan las angustias de una generación inquieta y atormentada que vacila entre la fe antigua, consoladora de las almas, y la ciencia flamante, que dice á sus adeptos: ¡si creéis en mí, seréis como dioses! Núñez de Arce ve avanzar con terror la ola materialista, engendradora de brutales revoluciones, y quiere, con desesperado esfuerzo, poner en salvo los sacros penates de las creencias cristianas. Sus versos tienen broncíneas vibraciones, pero su timbre metálico se suaviza con los tonos delicados del sentimiento, con el rumor patético de los sollozos.

El señor Torres no ha imitado á estos maestros, pero tiene de ellos el lenguaje oratorio, el período rotundo, la viril robustez de los versos. Su

obra poética es muy varia, mas no puede negarse que lo que le da carácter propio, lo que la distingue de las producciones de los más inspirados poetas de la generación á que pertenece, es la tendencia al simbolismo filosófico, es su preocupación por los temas de trascendencia social. El poeta se presenta como heraldo de la justicia, de la libertad, del derecho; y confía en que estos ideales imperarán en el mundo, á medida que el género humano se purifique de la vieja escoria de heredados errores; y como término de dolorosa peregrinación, escale las cimas de la verdad y del bién. El poeta da pruebas de un idealismo generoso, pero vago, porque no se apoya en la base de una convicción religiosa definida. Grande es el poder civilizador de la ciencia, mas ella sola no bastará para la redención moral de los hombres. Entre el grupo de poesías filosóficas, hay dos que me parecen destacarse sobre todas: «El Cáliz,» en que al describir la agonía de Cristo en el huerto, ensalza el poeta la eficacia purificante é infinita del dolor; esta página breve

pero de grande intensidad de pensamiento, no sería indigna de figurar en «Las Contemplaciones.» La otra pieza es la extensa meditación titulada «La Abadía de Westminster,» en que predomina una vigorosa inspiración sociológica. La primera parte donde se describe el venerable monumento gótico, panteón de las glorias inglesas, es como ejecución, lo más perfecto quizá que ha escrito el poeta. Y el resto, en que expone la teoría darwiniana de la selección, y la aplicación que de ella ha hecho el imperialismo británico, á fin de dominar á los pueblos débiles é inadaptados, es un esfuerzo generoso para dar á una exposición doctrinal el vuelo libre, el carácter imaginativo de la poesía lírica. Casi siempre triunfa; y si hay una ú otra frase menos feliz, debe reconocerse que Torres no ha tenido las caídas de otros poetas americanos, algunos tan ilustres como Manuel Acuña y Olegario Andrade, quienes humillaron la entonación de algunos de sus cantos con frases del vocabulario prosaico del periodismo político.

Quiero, para amenizar un poco esta fatigosa disertación, recordaros algún breve trozo de «La Abadía de Westminster.»

A solas recorría, con paso grave y tardo,
Los claustros y las naves que alzó el primer Eduardo:
Allí de reyes y héroes el postrimer asilo,
¡Cuán mudo, cuán sombrío, cuán triste y cuán tranquilo!
.....

Allí los reyes yacen en túmulos augustos,
Que ostentan sus estatuas en arreos adustos,
Él blasonado escudo al brazo y en la diestra
La espada, como prestos á entrar en la palestra.
Ora efigies de vírgenes, de pálidas extáticas,
Flores de un sueño triste, misteriosas, hieráticas,
Ora estatuas yacentes de reinas ya difuntas
Ha siglos, sobre el pecho las blancas manos juntas,
En los marmóreos tálamos las formas extendidas,
Donde grabó un artista la historia de sus vidas.
Ornada con diademas de piedras la cabeza,
Soñando el sueño eterno de amor y de belleza,
La altiva Catarina, la cándida Eleonora,
La Virgen de Occidente, soberbia y triunfadora,
Y faz á faz su víctima, la inspiración del bardo,
La amante, la cantada, la incomparable Estuardo,
Hermosa aun en sus faltas, amada con delirio,
Deidad que el amor hizo, que consagró el martirio,
Y pasa por la historia como una silfa blanca,
Que lágrimas y cantos al universo arranca!

En su obra poética ha concentrado Torres lo más puro de su pensamiento. Completan su fisonomía literaria, sus bellas traducciones de insignes poetas modernos, sus libros en prosa *Estudios ingleses* é *Idola Fori*. Por estos trabajos y por su manera periodística, bien podemos aplicarle el ca-

lificativo que él da á Morley de «el literato de la política.» Su temperamento de luchador no le permitiría encerrarse en la torre de marfil de Vigny; y en efecto, desde su primera juventud ha tomado participación intensa en las contiendas políticas, pero aun al dar ó recibir los más recios mandobles, ha sabido conservar la apostura estética; y en sus más ardientes editoriales se ve la huella del amante de la belleza. Torres se formó en época de grande intransigencia sectaria, pero su experiencia adquirida con los años y su permanencia en Inglaterra, le han permitido decantar sus ideas, ampliar el horizonte de su visión política, adquirir cierta serenidad de criterio que los partidos no siempre comprenden ni aplauden, pero que permite el acercamiento de los espíritus superiores. Carlos Arturo Torres responde dignamente en Colombia al esfuerzo que realiza en otro extremo de la América José Enrique Rodó, otro profesor de idealismo, otro apóstol de la tolerancia, otro fustigador de la propaganda jacobina, y artista, además, que nos ha

dado en *Ariel* una de las cosas más bellas de la literatura contemporánea.

La tendencia ecléctica que representan Torres, Rodó, García Calderón y otros escritores americanos, significa un avance, con relación á las negaciones radicales de otras escuelas; y debemos desear los que admiramos el talento de estos publicistas, que en su camino ascensional, lleguen hasta donde extiende sus brazos el signo redentor, clave única del enigma de la creación. ¿Por qué no? Cuando el hombre traspone la cumbre de la juventud, que alegran reflejos de ilusiones, y empieza á gustar la inanidad y futileza de todo lo que sale de manos caducas, se va desencantando del trato exclusivo con la razón, y se inclina á poner más firme confianza en el poder revelador del sentimiento. Una voz misteriosa, con inflexiones maternales, murmura á su oído: «sursum,» y entonces, cuando levanta la vista para interrogar al cielo, suele hacer lo que el viajero nocturno de éstas alturas andinas, cuando al explorar con mezcla de terror y de arrobamiento el espacio sin

límites, vuelve por instinto los ojos allá donde brillan las cuatro estrellas simbólicas de la Cruz austral, como señalando la puerta de la mansión «de oro y luz labrada» donde hallará la paz en el goce de la suprema sabiduría.

He dicho.

INDICE

ÍNDICE

PÁGS.

La Poesía y la Historia..... 5
Literatura de Ideas..... 31
Nariño..... 59
La Literatura histórica en Venezuela..... 85
Hostos 111

APÉNDICE

Discurso del señor A. Gómez Restrepo en la recepción de D. Carlos Arturo Torres, en la Academia Colombiana de la Lengua..... 145

3 0112 044104492

DEL MISMO AUTOR:

LOPE DE AGUIRRE.—Echeverría Hermanos, Bogotá.

OBRA POETICA.—Madrid, Angel de San Martín.—Puerta del Sol, número 6.

ESTUDIOS INGLESES.—(Estudios varios), Angel de San Martín, Madrid, Puerta del Sol número 6.

POEMAS FANTASTICOS.—París, Roger Chernoviz, 99 Boulevard Raspail.

LA ESTATUA DEL PRECURSOR.—Liverpool, Philip & Son.

IDOLA FORI.—(Ensayo sobre las supersticiones políticas), Valencia (España). F. Sempere, & Ca.

EN PREPARACION:

LA EVOLUCION POLITICA EN COLOMBIA.—(Estudiada en la personalidad y en la actuación paralela de Nariño y Camilo Torres, Bolívar y Santander, Mosquera y Mariano Ospina, Murillo y Núñez y precedida de un estudio sobre la Sociología Colombiana.)